

Ilustracion Artística

JOSÉ A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10. PRAL.

AÑO XXIII

← BARCELONA 18 DE ABRIL DE 1904 →

NÚM. 1.164



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII. Retrato pintado por José Cusachs, propiedad del primer Regimiento de Artillería de montaña, de guarnición en Barcelona

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El alma en pena*, por F. Moreno Godino. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *S. M. la reina Doña Isabel II*. — *Noticias de teatros*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo* (continuación). — *La manía de los microbios*, por Lewis Perry. — Libros.

Grabados.—*S. M. el rey D. Alfonso XIII*, retrato pintado por José Cusachs. — Dibujo de Azpiázu que ilustra el artículo *El alma en pena*. — *S. M. el rey Alfonso XIII en Barcelona*. — *Visita al Fomento de la Producción Nacional*. — *Expedición al Tibidabo*. — *Las iluminaciones*. — *Desembarco en el muelle de la Paz*. — *Llegada a Montserrat*. — *Monumentos dedicados a los héroes del Bruch y a la Virgen de Montserrat*. — *Revista de los somatenes*. — *Guerra ruso-japonesa*. Últimos restos visibles del crucero ruso *Koreetz*. — El transporte ruso *Sungari* echado a pique. — Hospital de la Cruz Roja japonesa en Chemulpo. — *S. M. la reina Doña Isabel II*. — Siete grabados que ilustran el artículo *La manía de los microbios*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se han realizado los favorables augurios que hacía en mi última crónica acerca del viaje del rey a esa Barcelona tan temida por los apocados y pobres de espíritu, que son legión.—Eran ellos quienes sustentaban la peregrina teoría de que en un Estado cabe que existan regiones y ciudades a las cuales el jefe de dicho Estado no puede, no se atreve el Gobierno a creer que pueda ir. Situación tan anómala sería la condenación de un régimen. Sería además un diploma de impotencia y de miedo. Y la política del miedo ha sido siempre de funestos resultados. En las cuestiones políticas, como en las militares, el miedo es ya la derrota.

A un rey joven más bien suele ser necesario contenerle en su ardimiento, que estimularle; la tarea, pues, de un Gobierno que aconseja a un mozo en los albores de la vida, es fácil y brillante: lleva encadenada a la fortuna y presa a la simpatía en lazos estrechos. Hay ocasiones y circunstancias que en buena política no deben desperdiciarse. No es fácil calcular lo que hubiese representado para España, en otras épocas, antes de que se derrumbase nuestro imperio, un viaje regio a México, al Perú. Los reyes aprenden con sólo airearse; y más aprenderían, y cosas más provechosas, si tuviese su visita carácter de residencia, por tiempo más o menos largo; si no la acompañase la anomalía de festejos, regocijos y bullicio que la acompaña siempre. Se atribuyen a Alfonso XIII proyectos de viajes frecuentes y sin tanto aparato oficial por diversas regiones; no cabe más sano propósito. De su veraneo también se espera que algunas comarcas españolas tan hermosas como pacíficas—por ejemplo, la gallega—compartan con las provincias vascongadas el honor reproductivo de ofrecer al jefe del Estado playas y costas donde respirar aire marino y seguir el régimen balneario. Para que Galicia disfrute de esta ventaja necesita otra: que su línea férrea se iguale en condiciones de comodidad a las demás de la Península. Sería bien justo, encontrándose, como se encuentran, enclavados en territorio galaico los balnearios más afamados de la Península, al frente de los cuales marcha Mondariz, y siguiéndose tan graves perjuicios a la salud pública y a la industria de las deficiencias de esa línea, más de una vez lamentadas por mí en este sitio y en otros. Si el tren real no cabe por nuestros túneles gallegos, ¿quién duda que esa región puede ser retratada con el símbolo siempre interesante de la bella y abandonada Cenicienta? Los reyes viajan a gusto en sus yates; pero la gente que atraen a una región los reyes cuando la visitan y permanecen en ella algún tiempo; esa estela de oro y de brillantes que dejan tras de sí y que es para los países incalculable bien, requiere fáciles comunicaciones y trenes que enlacen oportunamente y vayan aprisa. Todo lo que falta en la línea a que me estoy refiriendo.

El Circo de caballos (Parish) es, desde que aprieta un poco el calor y las campanas dan el toque de Resurrección, el espectáculo *smart*. No acierto yo a explicarme satisfactoriamente el intrínsculo de la estrecha relación entre el ascenso de la temperatura y la popularidad repentina de perros, caballos, monos amaestrados, acróbatas y gimnastas. No comprendo por qué una ópera de verano, en un teatro ventilado y bien acondicionado, no interesaría igualmente, si no más. Tampoco entiendo la razón de que los dramas y comedias sean (según el gracioso personaje de Moratín) como los besugos, que valen más y saben mejor cuando hiela. Es posible que el calor enerve y embote el entendimiento, adormezca las facultades, y sólo permita atención para el salto mortal, la cabriola doble, el alambre, la batuda y otras destrezas y gracias del mismo jaez. Lo cierto es que ni en el segundo del Real, ni en los miércoles del Español, ni

en ningún turno de moda, se ha visto el apuro y el «darse de puñaladas a la puerta»—según la frase estereotipada—que se ven en estos jueves del Circo de Parish. Ya el año pasado fué preciso agregar una hilada de palcos, robada sabe Dios cómo a las sillas, para satisfacer las peticiones de algunos entre los muchos que deseaban abonarse; este año se pensó en otros palcos escamoteados a la parte fronteriza del escenario, y si no se hizo, fué sin duda porque serían demasiado malos los tales palquitos, y apenas se disfrutaría de la función. Prosiguiendo la demanda de palcos y su escasez, ahora se agita la idea de organizar otro turno de moda, o sea otro lleno hasta el techo, otro día en que, si se terciara, se acabarían en la taquilla las entradas, como sucede ahora los jueves.

Y ¡qué derroche, qué lujo y gentileza en estos jueves de Parish! Los trajes y galas de primavera, aquí vienen a ostentarse, especialmente los enormes sombreros de velete, que acaban de hacer triunfal irrupción por los dominios de la moda—tan triunfal, que se les augura corta vida, pues en breve los lucirán «hasta los gatos».—Las costumbres, en lo referente a indumentaria, han cambiado mucho de diez años acá. Entonces se diferenciaba bastante el atavío de baile y soirée y el de calle y teatro; entonces el único espectáculo para el cual se descotaban las señoras era el Real, y allí aprovechaban económicamente y daban los últimos golpes a los trajes ya *défrachés* de la anterior temporada. A los demás teatros se iba de alto, con un lacito, una flor, un broche, algo para animar la *toilette*.

Ved actualmente cualquier teatro, no ya tan sólo en sus días privilegiados y señalados, sino entre semana. Escotes hasta lo vedado, sartas de perlas, riachuelos de diamantes, sedas claras, encajes, ropa rica y flamante, abrigos suntuosos, plumas, adornos caros, todo lo que pide una fiesta de repique recio. Antes, en las bajadas de escalera de teatro—yo me había fijado; me interesaba, a título de ser, como novelista, algo observadora de las costumbres—por rara casualidad asomaba la puntita de un pie calzado de seda. Hoy, ese lujo del calzado, delator de otros íntimos, se ha propagado como los demás, y las bajadas de escalera y subidas a coches muestran mil puntitas rosa, blancas, negras, donde brilla el característico toque de luz del rasolís.

No cabe duda: se gasta más; va ganando el productor. Por este camino la nivelación avanza. Por este camino también las bodas, en las clases de mediano estado de fortuna, se hacen cada día más escasas y difíciles. Ciertos sombreros que el jueves he visto en Parish, y que van cuchicheando, entre el susurro suave de sus *amazonas*, «costamos treinta duros y duramos tres meses,» son para hacer meditar al soltero.

Al ver aquella concurrencia refulgente y *very select*, se percibía el contraste con lo menos que mediano de la compañía que funciona en el Circo. El espectáculo parecía encaminado a demostrar una tesis curiosa: la superioridad de las especies animales sobre la humana.

En efecto, los clowns y equilibristas, las *ecuyères* y funámbulas, no hacían cosa que mereciese llamar la atención, mientras los elefantes y las mulas demostraban una maestría sorprendente y prestigiosa. No es posible ver sin risa la escenilla del elefante afeitando a otro con los aires y los retoques de un Fígaro experto, sin perdonar la nube de jabón, los limpiadores de la navaja contra el paño, la espurriatura del perfume con el pulverizador, y por parte del cliente, el pago al contado en buena moneda, que extrae pulcramente del bolsillo. En cuanto a la mula—un primor de bicho, con unas formas airoas y cenceñas que merecen el modelado en barro de un Benlliure y después la fundición por Masiera,—he notado en ella una cosa más interesante aún que lo que se llama habilidad. Y es el sentido de lo cómico, la conciencia del corcobo o de la defensa en broma, que conviene ejecutar para divertir al público.

En este respecto, no se extrañe que veamos en el animal un verdadero actor cómico, un bufo si se quiere, y que la imitación, base, según Aristóteles, del arte, nos parezca concedida a los irracionales en grado artístico.

El telégrafo acaba de traernos la noticia del fallecimiento de la reina Isabel II.

Ha muerto en el destierro, donde se hallaba, dígame la verdad, muy a gusto, como la inmensa mayoría de las testas coronadas sin corona se encuentran en la republicana capital francesa. El reposo y la libertad, bienes apetecidos en el ocaso de la vida, compensaban a la ex reina de las Españas (que ya no lo son, sino a lo sumo *España* en singular) de todo lo perdido al perder su trono. Lo que Isabel II prefería y estimaba, era seguramente más positivo, como ele-

mento de vida dichosa, que lo que se había dejado atrás al cruzar, mal aconsejada, la frontera. Acaso la aquiescencia al consejo del miedo fué hija de la indiferencia que la reina experimentaba ante el poder. Más de una vez el aro real había pesado a sus sienes, tan mórbidas en los días de la juventud.

La conocí en París, en la época de mi conferencia en la Salle Charras. Todavía entonces estaba fuerte y animosa, a pesar de los crónicos achaques que la obligaban a andar apoyada en su muleta de ébano y plata. Su conversación era viva, espontánea y llana, a lo castizo; París no había entrado en su espíritu; jera demasiado tarde cuando atravesó el Bidasoa! No cabía en ella más adaptación que la de sentirse gratamente aliviada de fastidios de etiqueta y complicaciones de responsabilidad política, para las cuales no la había hecho Dios.

Al nacer, nació jovial, franca, naturalísima, mujer en todo, a quien preocupaban poco las ideas y los intereses generales de la gran lucha entre dos bandos; uno de los cuales aclamaba é invocaba, como grito de combate, su nombre. El destino colocó a Isabel II en situación que requería las condiciones viriles y las extraordinarias dotes de mando de una Semíramis o una Cristina de Suecia, la mirada serena y previsor de un grande hombre de Estado, y el tino y el conocimiento de caracteres y condiciones personales de una Maintenon, discreta, reservada, hasta hipócrita, defecto o virtud que Isabel II no tuvo jamás. Cada beneficio de los que la hija de Fernando VII sembró con larga mano, en vez de ganarle un agradecido, la dió motivo para averiguar a ciencia cierta cuán hondo arraiga la humana ingratitud; porque los beneficios no son para arrojados por la ventana, y siempre conviene ver dónde cae semilla tan preciosa. En su bondad, Isabel dió a los más pediguñeros o a los más osados, a los más capaces de olvidar y de renegar de la que fué su protectora; y si por cada rasgo generoso de Isabel II hubiese adquirido un partidario, la Restauración estaría hecha, reponiéndola en el trono a los dos meses de su caída.

Para los españoles que van a París—si bien en estos últimos años la reina no recibía apenas,—es un vacío el que deja su muerte. En aquel palacio hospitalario de la Avenida Kleber encontraban la reminiscencia de la patria, un españolismo sin afectación, una acogida llena de sencillez y de afecto. Reducida a un tren relativamente modesto y sin fausto—aquella soberana que jamás había contado lo que gastaba y a quien D. Martín de Los Heros tuvo que presentar en duros apilados una cantidad que había mandado entregar como donativo, para que viese el bulto que hacía y se asustase,—la reina vivía retirada, con sus antecelas desiertas, satisfecha con su comida neta, de cocido, leyendo o haciendo que la refiriesen lo que en nuestra tierra sucedía (como se leen, después de un viaje por mar en que se ha corrido tormenta, noticias del mismo barco y de sus travesías azarosas). Con interés y dejos de malicia se informaba de los políticos, escuchaba lo que de ellos se dijese, y cuando iba tal vez a emitir un juicio refrendado por la experiencia, deteníase, sonreía y murmuraba: «Ya ves... Yo en eso, ni entro ni salgo.»

Era una de sus inofensivas costumbres, resto de los hábitos del tiempo en que rodeaba su frente la diadema, tutear a todos los españoles que la visitaban. Pedía permiso con infinita gracia, y no sé si alguien habrá tenido el pedantismo de negárselo; lo cierto es que en su boca el tú sonaba infinitamente mejor que el usted. Había en su trato una mezcla rara de dignidad y campechana lisura, que evocaban, en la sexagenaria casi baldada, de peluca de onditas y traje sin adornos, a la brillante y magnífica soberana de los tiempos románticos, de los veraneos en la Granja y Aranjuez, de los grandes bailes en el palacio de la Plaza de Oriente, por ella misma tan chuscamente calificados de «el Prado con techo.»

Creía verla, como nunca la vi, en efecto, sino en retratos de Madrazo y López, en grabados y litografías: sonriente, fresca, luciendo el opulento busto sobre el cual se aduermen las enormes perillas del soberbio collar, adornado el traje con bordados a realce de hilo de oro, sedosas las cocas del peinado, un velo de gasa deslizándose por los hombros, el pecho cruzado por bandas y condecoraciones de pedrería. Y su expresión, la de sus azules ojos, es maternal, venturosa, como de quien a su paso escucha alzarse un murmullo de adoración y fanatismo, y tiene en los oídos el eco de aquel «Viva Isabel segunda!» repetido por tantos en los fragores de la lid mortal o ante los cañones de los fusiles del pelotón...

Y mirando a la encorvada anciana, se me ocurría la vulgaridad eterna:

—¡Cómo cambian los tiempos!

EMILIA PARDO BAZÁN.



... creyó oír una especie de alarido y detuvo el paso

EL ALMA EN PENA

I

Juanito Lumbreras era un joven de veinticinco años, guapo, bueno, serio para su edad, y desocupado, porque se concretaba a vivir de una renta de tres mil pesetas anuales. Habíase contaminado de las ideas modernas, y era intelectual, *sprit fort*, y por lo tanto incrédulo en materias religiosas. Gustaba de las lecturas serias, había leído a los enciclopedistas franceses, admiraba a Renan, pero su ídolo era Voltaire, el gran filósofo, el redentor de la humanidad, supuesto que habíala emancipado de errores y fanatismos.

Juan tenía por único pariente en Madrid a un tío suyo, muy patriota, que terminada la guerra de España y los Estados Unidos, no queriendo someterse al dominio de los americanos, había liquidado una buena fortuna, adquirida en Cuba, volviendo a la villa y corte, de donde era natural. Se estableció en una casa de la calle de Segovia, pues aunque el barrio es excéntrico, D. Celestino Ansotegui (que así se llama el repatriado) le prefería por varias razones. En primer lugar, había nacido y vivido, hasta que se fué a América, en la calle de la Pasa, además en este barrio habitaban los dos ó tres amigos antiguos que le quedaban, y además en la calle de Segovia encontró y compró una casa espaciosa, con solos dos pisos y un gran patio que él se propuso transformar en jardín cuando llegase la época oportuna de las plantaciones.

D. Celestino rayaba en los cincuenta años de edad, estaba casado con una señora habanera, llamada doña Virtudes, y tenía una hija de diez y siete años, linda, fina y atractiva, como suelen serlo las cubanas.

D. Celestino, bajo todos conceptos, era un indiano, tal como se denominaba a los que volvían de ultramar con capital, para descansar de sus fatigas en el seno de la patria. Cómodo, y no aficionado a la ostentación, hacía una vida retraída y sólo se permitía el esparcimiento de tener tertulia íntima. Así, pues, a las ocho de la noche, ó cosa así, reuníanse en su casa D. Jerónimo Molañas, comerciante en ferretería, presidente de una cofradía; D. Lesmes Salcedo, farmacéutico establecido en Puerta Cerrada, madrileño, pero de origen andaluz y por lo tanto chistoso, y Juanito Lumbreras, el joven volteriano, atraído por la querencia de su bella primita Inés. Este último estaba algo desplazado en aquella tertulia por su edad y por sus ideas, puesto que allí se respiraba una atmósfera de creencias y supersticiones, pero él lo sufría con paciencia porque ¡era tan seductora la joven americana, enseñaba unos piccitos tan monos, cuando se balanceaba en su silla mecedora!

En este conato de tertulia se tomaban chocolate y dulces, se comentaban las noticias del día, y se leían algunos trozos de periódicos, hasta bien entrada la noche, porque a la familia del indiano gustábale trasnochar.

II

En este estado las cosas, llegó el día 21 de enero, y con él la fiesta onomástica de la bella Inés. Su padre, como es natural quiso celebrarla invitando a Juan y demás contertulios, a los que agregó al cura párroco de la antigua iglesia de San Andrés, el cual en la mañana de dicho día había enviado a su joven feligresa una preciosa medalla de la santa y un rosario de filigrana.

Aunque D. Celestino acostumbraba a comer a las dos de la tarde, convínose en que el banquete de aquel día se celebraría a las seis de la noche, a fin de no perturbar en sus diversas ocupaciones a los comensales. Juan regaló a su amada prima un abanico chineco con varillaje de concha y clavillos de oro, lo cual, a mi modo de ver, fué un obsequio algo extemporáneo, estando en enero. Quizá el joven supuso que su bien amada hallábase tan sofocada de amor como él, y con pretexto de la solemnidad del día, se le pasó casi todo en casa de su tío.

Llegó la hora de la comida, que fué sabrosa y alegre, especialmente para el joven volteriano, pues notoria es la satisfacción que produce el comer bien, sentado *cabe* la novia. El párroco de San Andrés era un sacerdote amable, que se expresaba muy bien, y el boticario derrochó aquella noche un caudal de chistes y dicharachos.

Con tales alicientes, y con sentir tan próxima a su prima, Juan estaba encantado, y él y todos los demás hicieron (con moderación) honor a los buenos vinos con que les obsequió el indiano, así como también a las clásicas natillas con bizcochos.

Estando tomando café, doña Virtudes, que era creyente y hasta supersticiosa, como buena habanera, espetó a boca de jarro la siguiente pregunta al cura párroco:

—Diga usted, señor cura, ¿hay también aquí almas en pena?

—Aquí y en todas partes, contestó el místico don Jerónimo, aunque no iba dirigida a él la pregunta. La historia sagrada está llena de apariciones.

—Y además, reforzó el boticario con leve acento socarrón, si no hubiera aparecidos, almas en pena, espectros y visiones, ¿de qué servirían los exorcismos que la iglesia recomienda en tales casos?

Juanito iba a desbordarse, pero por un supremo esfuerzo de voluntad se contuvo.

—Pregunto esto, prosiguió diciendo doña Virtudes, porque yo he visto una alma en pena en la Habana, sobre un tejado de la calle del Obispo; arrastraba una cadena que metía mucho ruido.

—Pues entonces, señora, observó el cura párroco, debía pertenecer a la clase de mixtos, que son los que aunque espectros tienen algo de corpóreos, pues de no haber sido así, no podría soportar la cadena que llevaba.

Juan, a pesar suyo, iba prestando atención a estas disertaciones fantásticas. Parecíale imposible que el

buen sacerdote, que demostraba tener excelente juicio, y los demás, que no le tenían huero, desbarrasen hasta el punto de irse a las Batuecas.

Tal vez los horrores de la digestión influían en él y en ellos.

Al salir a las once de casa de su tío, el fresco de la noche devolvió su fuerza de raciocinio y se dijo que sólo existía un fantasma muy lindo, cuyas suaves manecitas no arrastraban más cadenas que las del amor. «¡Ah! Voltaire—pensaba subiendo lentamente por el hoy derribado pretil de Santisteban. ¡Hace muchos años que tú naciste, y aún se reproducen los fantasmas que barriste a escobazos!»

Pensando en su prima y en el filósofo francés, desembocó Juan en la calle del Almendro, que estaba obscura como boca de lobo; cuando sintió un leve ruido que parecía provenir del pretil, supuso que sería producido por algún transeunte, y siguió andando.

Al torcer el recoveco que hace la susodicha calle, creyó oír una especie de alarido y detuvo el paso.

Luego oyó como el ruido de una cadena que arrastrase por el suelo, y retrocedió hacia el pretil para ver si era seguido por alguien.

No vio nada, ni oyó ruido alguno.

Entonces prosiguió el camino que seguía, pensando en si aquellos rumores eran sólo imaginarios, ó si la excitación de los vinos de la comida habíale hecho efecto.

La noche estaba obscurísima. Juan casi palpando las tinieblas llegó a la plaza de San Andrés, encaminándose a la de Puerta de Moros.

No había vuelto a oír nada y estaba tranquilo, aunque algo nervioso; pero al pasar por frente a una pastelería (entonces, por supuesto, cerrada) oyó en lo alto el ruido metálico que antes habíale sorprendido y que parecía sonar en la muestra muy saliente de la tienda.

Detúvose sobresaltado. La cosa iba siendo grave: no había medio de creer que aquel ruido era ilusorio.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió,

como ha dicho Espronceda.

Encendió un fósforo y miró a lo alto, tratando de examinar la muestra; pero desistió de su propósito porque una ráfaga de aire apagó aquella tenue luminaria, y además porque el ruido del hierro sonaba hacia la esquina de Puerta de Moros.

Ibanse poniendo a Juan los pelos de punta y comenzaba a sentir escalofríos; pues aunque *sprit fort* por fuera, como valeroso por dentro dejaba mucho que desear.

Prosiguió andando, no me atreveré a asegurar que sin tambaleos.

Mientras desembocaba en la plaza de Puerta de Moros, receloso y mirando hacia todas partes, ocurriósele una idea: él, a solas con D. Lesmes el boticario, había asomado la oreja de librepensador; ¿no

podía ser aquello una chanza del farmacéutico, que era muy bromista?

Al atravesar la Plaza dióse á sí propio la contestación, pues al entrarse pensativo por la calle del Hu-milladero, en vez de por la de las Tabernillas, que era la suya, volvió á oír el ruido metálico sobre un arca de agua monumental que hay á la entrada de la antedicha calle.

¿Cómo, pues, suponer que un boticario viejo, de siete arrobas de peso, podía encaramarse á aquellas alturas?

No cabía duda: aquel incidente era sobrenatural.

Admitido esto, forzoso era admitir por engranaje filosófico todo lo que negaban y escarnecían Voltaire y sus secuaces.

Entonces bulló en la mente del joven descreído la levadura de su educación cristiana y recordó con respetuosa fruición los tiempos en que ayudaba diariamente á dos ó tres misas.

Continuó andando, y como no volviera á sentir rumor alguno, íbase reponiendo de su susto; pero al llegar al fin de la calle de Luciente, por la que se había metido para tomar la de las Tabernillas, volvió á oír el temeroso ruido sobre la cornisa de la tapia de la Escuela de las doctrinas.

Desde entonces el paso de Juan fué casi de fuga.

Llegó á su casa, abrió la puerta de la calle y luego la de su cuarto; azorado y trémulo encendió luz y dejóse caer en una silla.

Después que hubo serenado un tanto, se acostó, y el calor y reposo de la cama apaciguaron un poco la tensión de sus nervios. Sin embargo, no podía dormirse, y su imaginación, combatida por mil ideas opuestas, era una jaula de grillos.

Por fin, el dios Morfeo ó el dios de Voltaire comenzaba á cerrar sus ojos, cuando súbito oyó ruido en su balcón, cuyas maderas estaban entornadas. Parecía como que una mano impaciente golpeaba los cristales.

III

Entonces el miedo dióle valor á medias; no se atrevió á salir al balcón, pero sí á levantarse y á cerrar con falleba las maderas, volviendo á la cama tiritando.

¡Qué noche pasó el pobre Juanito! El ruido no volvió á sonar, pero él no pudo dormir. Hubo una tempestad de ideas opuestas en su pensamiento. Se levantó temprano, hizo que su criadito abriese las maderas y registrara el balcón, sin hallar nada de particular, vistiéndose y aseóse lentamente y pensativo, y á juzgar por sus actos posteriores, suponiendo que Dios le había dado un aviso para llegar á su corazón.

Se embozó en su capa, salió á la calle y encaminóse derechamente á la iglesia de San Andrés. Se entró en la capilla de San Isidro, arrodillóse en un rincón y trató de recordar las oraciones que había recitado en su infancia.

Permaneció así bastante tiempo. Besó los pies de un crucifijo que había en la iglesia y salió de ésta cabizbajo y ensimismado.

Fué á casa de su tío y no le encontró, ni tampoco á las señoras. Esperó y á poco se presentaron éstas. Doña Virtudes le saludó con mucho afecto diciéndole:

—Déme usted esa mano.

El joven ex volteriano extrañó esta inusitada manifestación de afecto, hasta que la señora habanera prosiguió diciendo:

la argolla clavada á la pared. ¡Qué lástima si no parece! ¡Es tan gracioso, tan inteligente!

—¿Se ha escapado con cadena?

—Sí, saltando las tapias del patio.

Juanito se dejó caer en una silla; hubo una ebullición en su mente y empezó á comprender. Oscar, el mono de D. Celestino, debía ser el alma en pena de la noche anterior. Todo se explicaba fácilmente; el mono se escaparía al punto de salir los tertuliantes del indiano, seguiría á Juanito, que jugueteaba mucho con él, no atreviéndose á acercarse por recelo, y dándole el gran susto del siglo.

El joven intelectual no podía reponerse de su sorpresa. Sentía vergüenza por el miedo que había pasado, y resquemores en la conciencia por haber, hasta cierto punto, renegado de Voltaire.

«¡Oh! ¡Voltaire, Voltaire—pensó en su fuero interno,—tú sólo eres el milagroso, el aparecido para bien de la humanidad; no hay más *almas en pena* que las que tú has redimido de la rutina, de la barbarie y de la superstición!...»

Y... sin embargo...

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Azpiazu.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Continuando el relato que dejamos interrumpido en el número anterior, comenzaremos el presente ocupándonos de la excursión á Gerona, Figueras, Rosas y San Feliu de Guixols.

Emprendió S. M. el viaje á las siete y media de la mañana del día 8, y todas las poblaciones de nuestra pintoresca costa, que se hallaban engalanadas, acudieron á las respectivas estaciones del ferrocarril para saludar con aclamaciones y aplausos al monarca. El tren real se detuvo en Masnou, en Premiá de Mar, en Mataró, en

Arenys, en Canet, en Calella, en Malgrat y en el Empalme, siendo en todas partes saludado el rey por las autoridades y aclamado por el público que llenaba los andenes.

A las once llegó S. M. á Gerona, y subiendo á un coche tirado por cuatro caballos, dirigióse á la catedral, en donde fué recibido por el obispo y cabildo catedral, penetrando en el templo bajo palio, cuyas varas sostenían seis concejales. Después del *Tedum* visitó la Sala Capitular, admirando las joyas, objetos artísticos y manuscritos de gran valor que allí se conservan, y en seguida visitó la iglesia de San Félix, en

donde adoró la cabeza de este santo y el cuerpo de San Narciso, y el monumento á Alvarez de Castro. Luegohubo recepción en las Casas Consistoriales y banquete organizado por la Diputación en el teatro Principal. Terminado éste, don Alfonso presenció desde los balcones de la casa de los señores de Carles las sardanas que se bailaron en la plaza. A las dos de la tarde el regio cortejo se encaminó á la estación del ferrocarril, emprendiendo el viaje á Figueras.

En Figueras visitó S. M. el fuerte de San Fernando, la Cámara Agrícola y la exposición de instrumentos agrícolas, saliendo en seguida para Rosas, en donde se embarcó en el *Giralda*, que allí le esperaba con el crucero *Río*

de la Plata y el cañonero *Temerario* y los transatlánticos *Joaquín del Piñago* y *Patricio de Satriástegui*.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. — Visita de S. M. á la exposición organizada por el Fomento de la Producción Nacional. (Fotografía instantánea tomada de noche por el Cosmos Fotográfico.)

—Francamente, Juanito, yo lo suponía á usted algo descreído, pero hoy mismo Inés y yo hemos visto en San Andrés que es usted un buen cristiano.

Juan, poniéndose muy encarnado, iba á contestar, pero en aquel momento entró D. Celestino.

—¿Has puesto á Oscar en el diario?, le preguntó doña Virtudes.

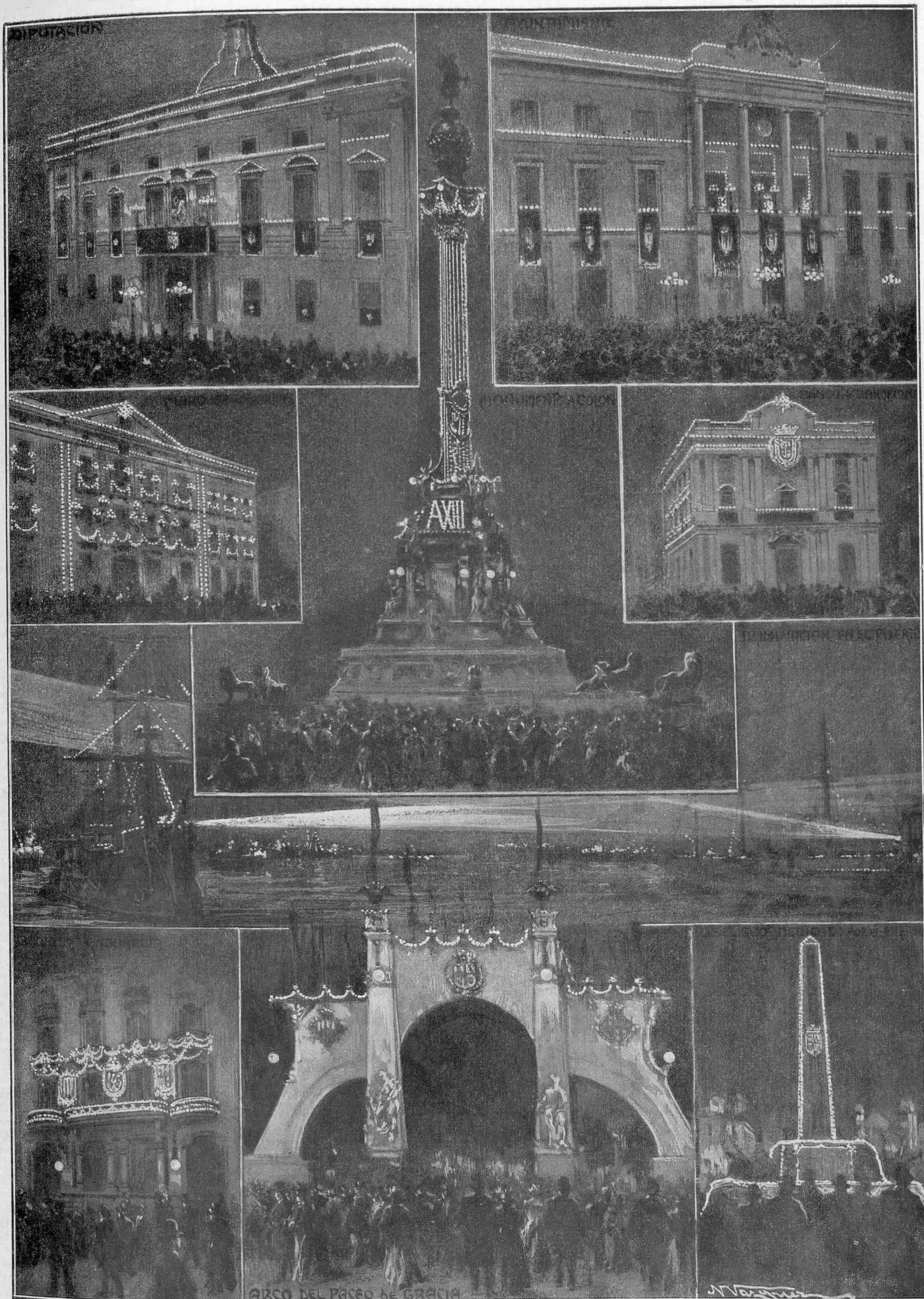
—Ahora mismo vengo de la Redacción; no sólo le he puesto, sino que he ofrecido cincuenta pesos de gratificación al que nos le traiga.

—¿Pues qué ha pasado con Oscar?, preguntó Juanito muy sorprendido.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. — Expedición al Tibidabo. Llegada de S. M. á la plazoleta de la estación inferior del funicular. (De fotografía de A. Merletti.)

—Pues nada, contestó Inés, que se escapó anoche. No se sabe cómo ha roto la cadena; sólo ha quedado



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona.—Las iluminaciones

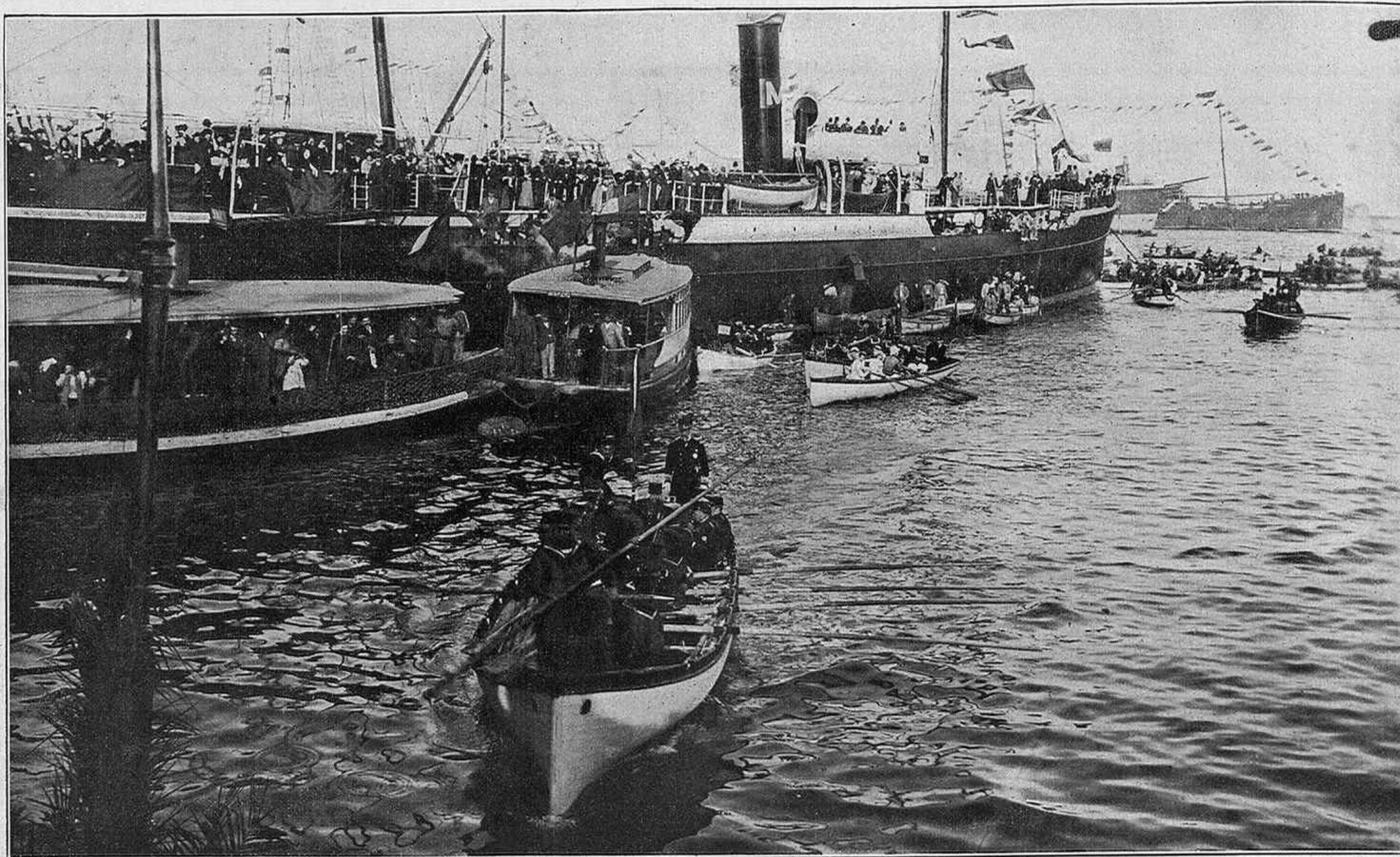
Diputación Provincial. — Casas Consistoriales. — Palacio del marqués de Comillas. — Monumento á Colón. — Banco de Barcelona. — El puerto. — Edificio del diario «La Vanguardia.»
Arco de triunfo del Paseo de Gracia. — Obelisco dedicado á S. M. por el ejército. (Composición y dibujo de N. Vázquez.)

Los expedicionarios desembarcaron á las nueve y media en San Feliu de Guíxols, siendo escoltado el bote que conducía á S. M. por una multitud de embarcaciones empavesadas con banderas y gallardetes.

honor se extendían desde la estación á la puerta del templo, en donde el abad mitrado del monasterio, acompañado de los obispos de Barcelona, Vich, Tortosa, Solsona y auxiliar de esta diócesis, le dió á be-

sario de la declaración del dogma de la Inmaculada.

Después fué obsequiado el monarca por la Diputación Provincial, organizadora de la expedición, con un banquete, concluido el cual verificóse la revista de



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. — Desembarco de S. M. en el muelle de la Paz de regreso de su expedición á la provincia de Gerona (De fotografía de A. Merletti.)

El rey se dirigió á la iglesia parroquial, en donde se cantó un *Tedum*, visitando luego la fábrica de tapones de D. Tomás Brugada, las Casas Consistoriales y las obras del puerto, en las que se verificó solemnemente la colocación de la primera piedra; y en seguida se embarcó nuevamente, haciendo rumbo la escuadrilla á Barcelona, adonde llegó á las primeras horas de la tarde del día 9.

En todas las citadas poblaciones S. M. ha sido recibido con gran entusiasmo.

Poco antes de desembarcar en esta ciudad, comunicóse á D. Alfonso XIII la triste noticia del fallecimiento de su augusta abuela D.^a Isabel II; por este motivo se han aplazado algunas de las ceremonias y visitas proyectadas, han cesado las iluminaciones y se han suprimido todos los festejos que en honor de S. M. se habían organizado, entre ellos las funciones de gala en los teatros Romea y Liceo, que prometían ser deslumbradoras, sobre todo la última, á juzgar por los preparativos hechos por toda la alta sociedad barcelonesa.

La expedición á Montserrat, verificada el día 10, fué un espectáculo de una grandiosidad que excede á toda ponderación. El rey, que salió de Barcelona á las siete, llegó á las diez al recinto del histórico monasterio, que presentaba un aspecto indescriptible, siendo recibido por el arzobispo de Tarragona, los obispos de Lérida y Seo de Urgel, el comandante general de los somatenes y varias autoridades. Bajo palio se dirigió á la basílica, entre los somatenes que en columna de

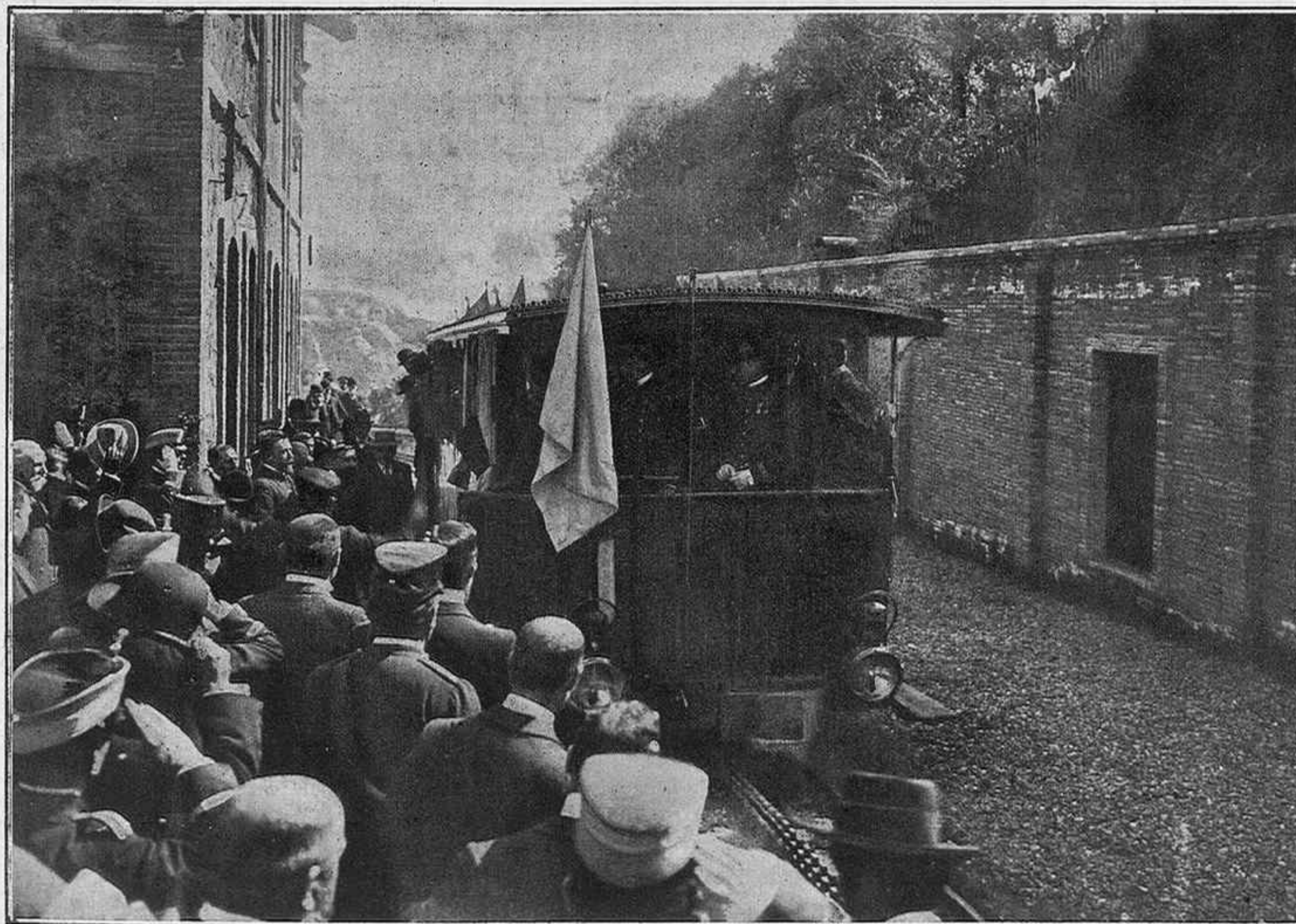
sar la Vera Cruz, cantándose acto seguido el *Tedum* y pasando luego S. M. al camarín, en donde adoró á la Patrona de Cataluña, á cuyos pies depositó un rico bastón de mando.

Terminado el oficio que celebró el Excmo. señor Cardenal Casañas, trasladóse S. M. al sitio en donde ha de levantarse el monumento conmemorativo de la gloriosa jornada del Bruch, para proceder á la ceremonia de la colocación de la primera piedra del mismo; y seguidamente verificó análoga ceremonia en el que las Asociaciones de Hijas de Maria de toda

los somatenes, que resultó un acto hermoso, pintoresco, imponente. Celebraban los somatenes la proclamación de la Virgen de Montserrat como patrona del cuerpo, y habiendo coincidido su fiesta con la estancia de S. M., quiso D. Alfonso XIII revistar esas fuerzas que constituyen una de las más gloriosas instituciones de Cataluña. Jamás se habían visto reunidos tantos individuos del somatén: más de 16.000 hombres se extendieron en correcta formación á lo largo de la carretera, figurando al lado del acaudalado aristócrata el modesto obrero, junto al rico propietario el humilde payés; el rey, á pie y acompañado de su cuarto militar, jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, pasó la revista, conversando afablemente con ellos y con varios individuos del cuerpo; los somatenes, al paso de Su Majestad, presentaban armas y prorrumpían en atronadores vivas.

A poco más de las cinco, emprendió Su Majestad el regreso á esta ciudad.

Por razón de la muerte de doña Isabel II, D. Alfonso ha permanecido los días 11 y 12 sin salir de su alojamiento más que este último para visitar el Restaurant obrero de Santa Madrona y al Sr. Maura, después del atentado de que éste fué objeto y del que por fortuna salió casi ileso. La protesta de Barcelona contra este acto criminal ha sido unánime, habiéndose unido todos los elementos valiosos, sin distinción de clase ni de partidos, para hacer al señor



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN MONTSERRAT
Llegada á Montserrat de S. M. en el ferrocarril de cremallera. (De fotografía de A. Merletti.)

España erigen en la plaza que hay contigua al monasterio, para conmemorar el quincuagésimo aniversario

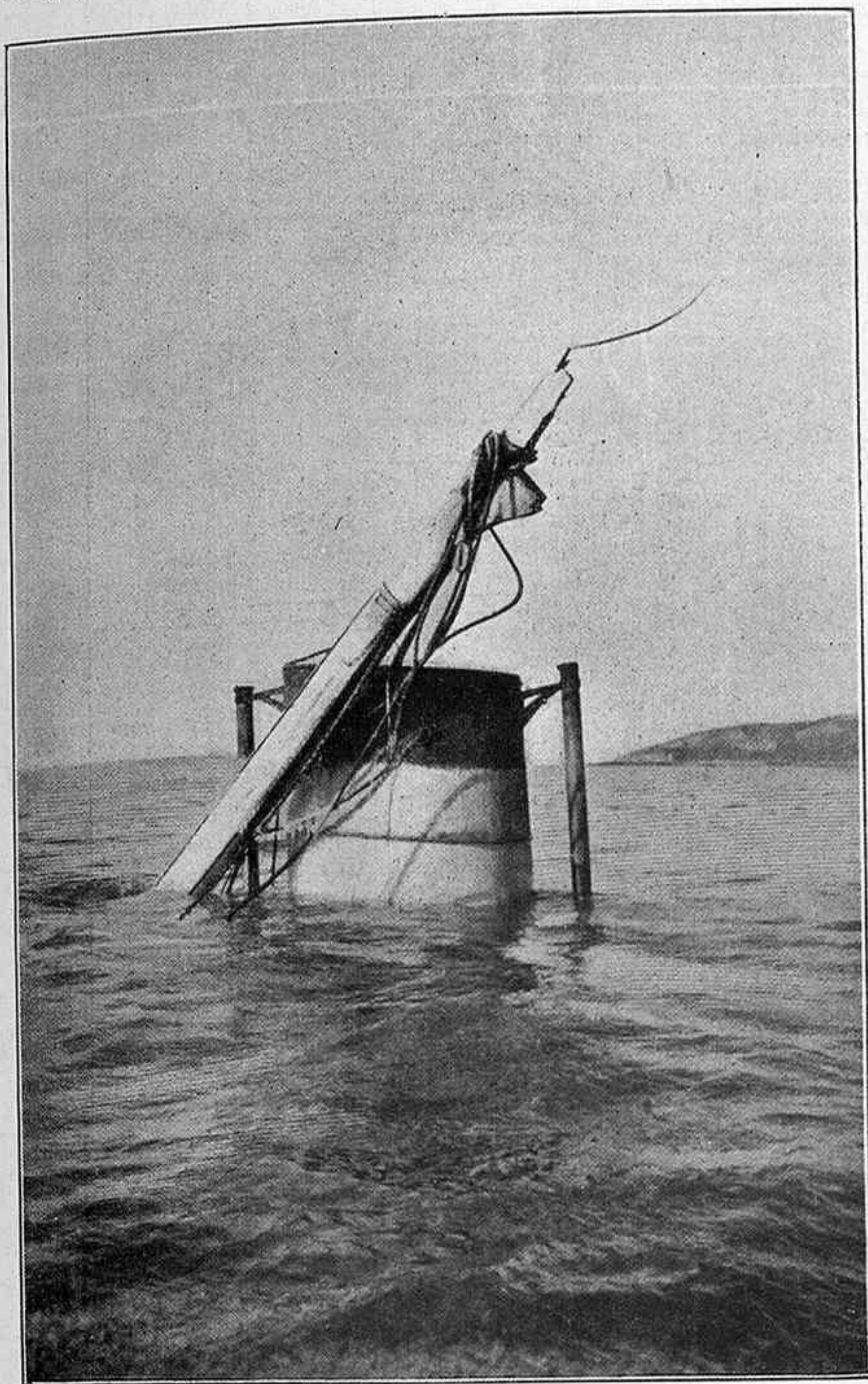
Maura una de las manifestaciones de simpatía más grandiosa que nuestra capital ha presenciado.—S.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

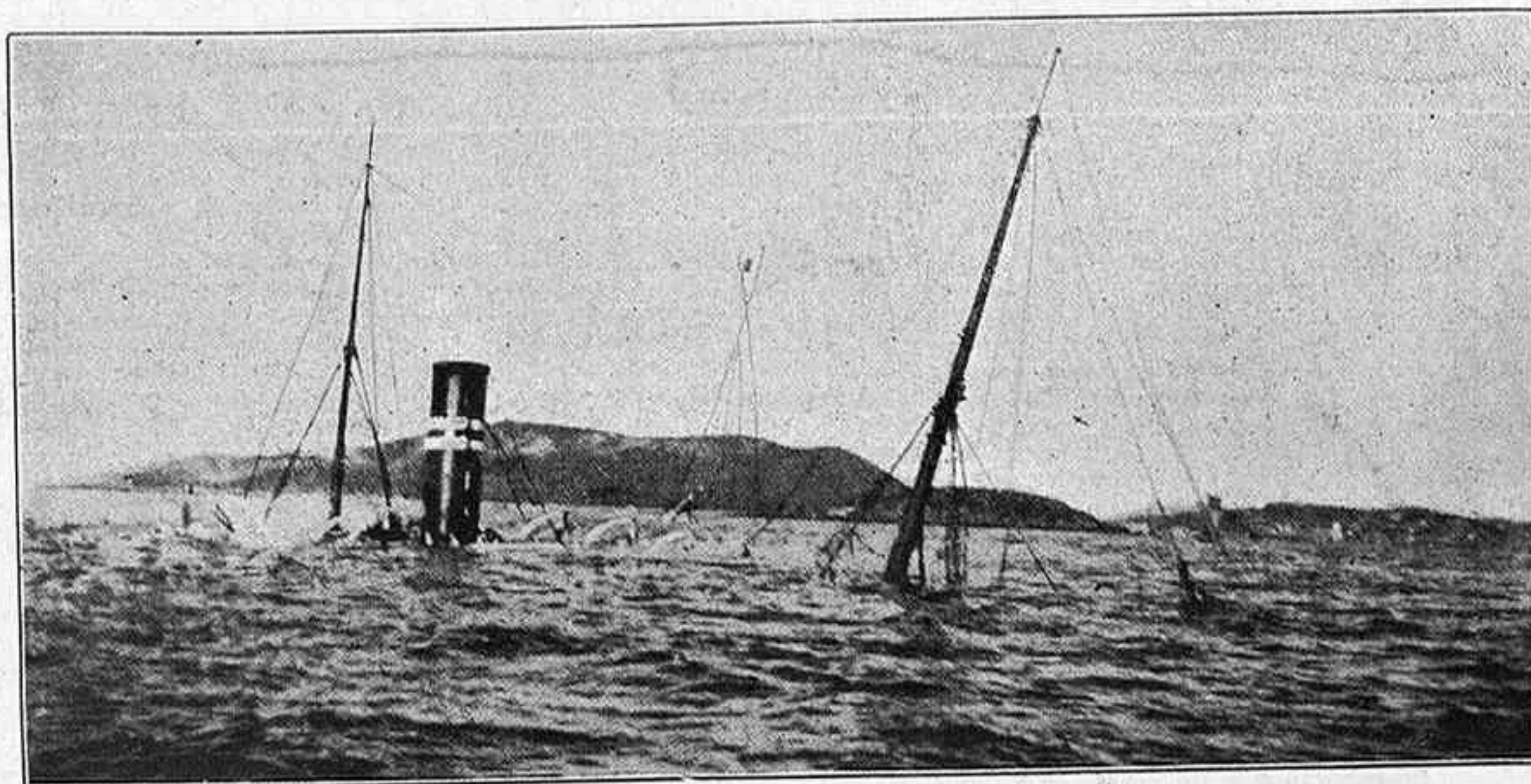
Tal vez sea este el primer ejemplo en la historia de una guerra en la que, a los dos meses de rotas las hostilidades, no ha ocurrido todavía ningún hecho de armas de verdadera importancia. Tiene el hecho, sin embargo, una explicación sencilla: la lucha ha de

izquierda del mencionado río, las han replegado y han establecido definitivamente su base de operaciones en la orilla derecha, especialmente en An-Tung, a la desembocadura de aquél, y en Kin-Lien-Tcheng, que dista de Antung unos treinta kilómetros.

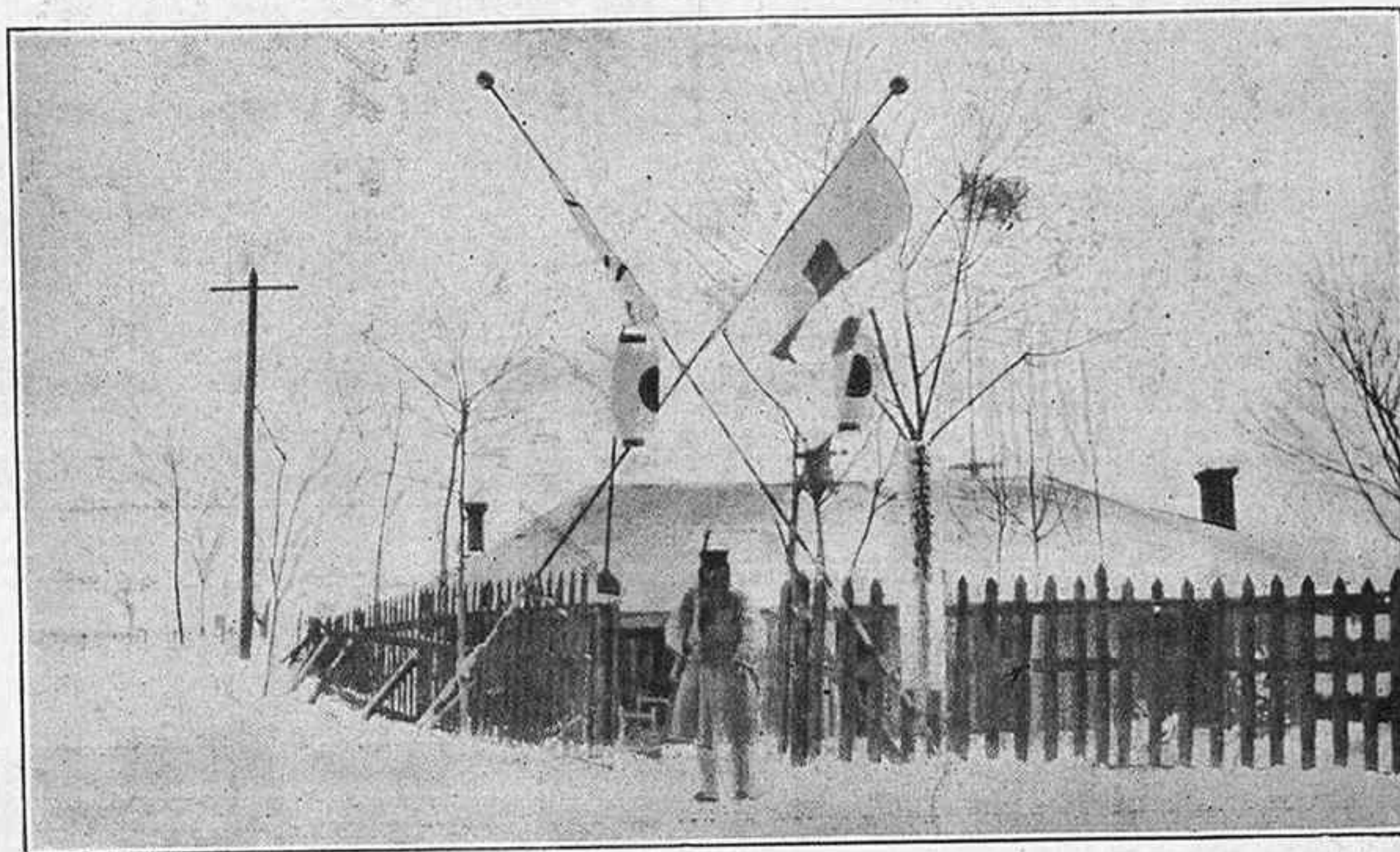
»No hace mucho que el *Ermak* efectuó una expedición por los mares árticos; muy poco se ha hablado después de los resultados de esta expedición, que llegó hasta el paralelo 80, pero sin duda debió recoger datos preciosos para la solución del actual problema.



Últimos restos visibles del crucero ruso *Koryeetz*, echado á pique por su tripulación después del combate de Chemulpo, de 9 de febrero último. (De fotografía.)



El transporte ruso *Sungari*, echado á pique por sus tripulantes después del combate de Chemulpo. (De fotografía.)



Hospital de la Cruz Roja japonesa en Chemulpo. (De fotografía.)

entablarse en un territorio que no pertenece á ninguno de los beligerantes, y para llegar al cual han de vencer rusos y japoneses grandísimas dificultades.

Todo hace creer que el teatro de las operaciones ha de ser la frontera manchú-coreana; pues bien, para llegar allí tienen los japoneses que desembarcar sus fuerzas en Corea, empresa que exige mucho tiempo y poderosos recursos de toda clase, y atravesar aquella península que no se distingue ciertamente por la abundancia de vías de comunicación ni por la bondad de las pocas que allí existen. Esto aparte de que el deshielo propio de la presente estación pone intransitables aquellos caminos y dificulta enormemente los transportes de hombres y material. Rusia, á su vez, no cuenta con otro medio para concentrar sus tropas en la citada frontera que el ferrocarril transiberiano, y por muy perfecta que sea la organización de los servicios en esta línea y por considerable que sea el material móvil de que dispone, es imposible, dada la enorme distancia que ha de recorrer y las extraordinarias necesidades á que ha de satisfacer, conseguir la rapidez de los transportes que la urgencia del caso requiere. Esta dificultad ha aumentado de algunos días acá, á consecuencia del deshielo que se inicia en el lago Baikal. En este punto la línea férrea no está terminada ni lo estará probablemente hasta el verano, y esta solución de continuidad, que hasta hace poco había podido salvarse tendiendo una vía provisional sobre la helada superficie de aquel lago, hoy constituye un obstáculo serio para la concentración.

Por ahora los beligerantes siguen el mismo plan que desde un principio se trazaron: los japoneses avanzan por la península coreana, habiendo ocupado ya diversos puntos de la orilla izquierda del Yalu, no sólo en la parte Oeste, sino en el Nordeste, á fin de envolver á los rusos por su flanco izquierdo. Los rusos, que sólo como medio de exploración habían destacado algunos escuadrones de cosacos á la orilla

Las distancias, pues, se van estrechando, y antes de poco han de encontrarse rusos y japoneses separados solamente por el Yalu. ¿Comenzarán entonces inmediatamente las operaciones decisivas? No es probable, ya que ninguno de los dos adversarios contará aún con fuerzas suficientes para arriesgar el éxito de una lucha de tan inmensa trascendencia en una ofensiva prematura; y uno y otro esperarán á tener reunidos sus ejércitos para empeñar la partida con verdaderas probabilidades de éxito.

Continúa preocupando á los que siguen con algún interés el curso de esta lucha lo que hará la llamada escuadra del Báltico, que está terminando sus preparativos para dirigirse á los mares del Extremo Oriente. Mucho se discute sobre la ruta que pueda seguir, suponiendo unos que irá por el canal de Suez y otros que emprenderá el viaje por los mares árticos. Respecto de este asunto, una importante revista inglesa ha publicado un notable artículo, titulado «¿Utilizará Rusia el paso del Nordeste?», original de Fred T. Jane, tan conocido por sus interesantes estudios sobre cuestiones navales, del que estimamos oportuno entresacar algunos párrafos.

«Cuando se dijo por primera vez que Rusia pensaba enviar sus buques por el paso del Nordeste, la noticia fué acogida con risas generales, tan descabellada parecía la idea. Descabellada sería indudablemente si se tratase de otra marina que no fuera la rusa, que cuenta con el famoso buque rompehielos *Ermak*, construido bajo la dirección del almirante Makharoff, precisamente para facilitar la navegación por los mares que bañan las costas septentrionales de Rusia.

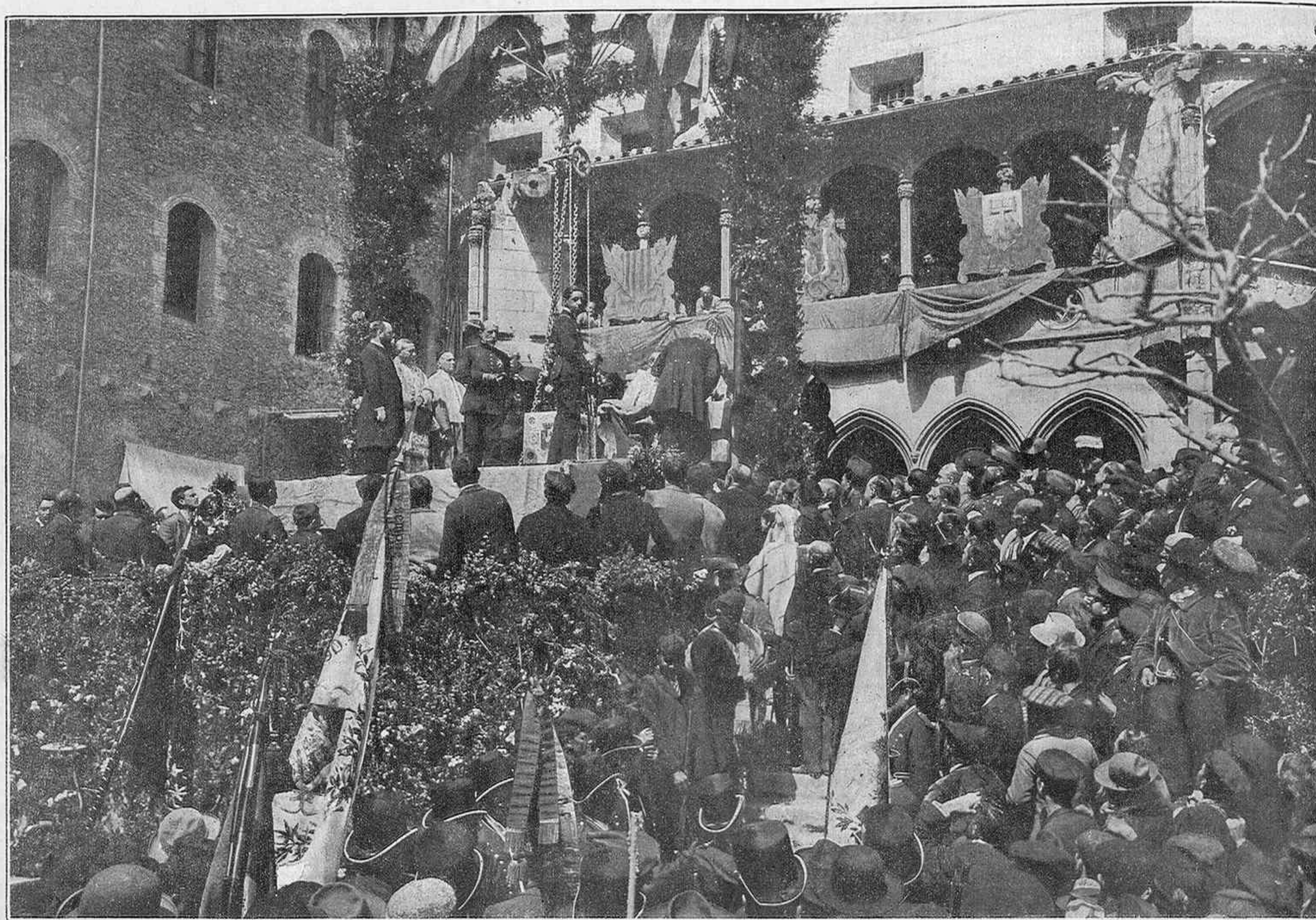
»Hace pocos años, la escuadra del Báltico quedaba inmovilizada durante el invierno; en cambio, el año pasado pudo el crucero *Aurora* navegar por el helado mar de Cronstadt á razón de veinte nudos por hora, gracias á que el *Ermak* iba delante de él abriendo un canal en el hielo.

»Hay que tener en cuenta que la temperatura media al Sur de Spitzberg es más alta que en otras latitudes inferiores, pero situadas más hacia el Este. El *Ermak* navegó más al Norte de estas latitudes sin ninguna dificultad, y su tripulación, compuesta exclusivamente de rusos acostumbrados á temperaturas muy frías, soportó algunas que habrían sido intolerables para los naturales de climas más templados.

»Durante el verano, el mar de Kara está casi libre de hielos, y la escuadra no tropezará probablemente con ningún obstáculo hasta llegar al cabo Chelyuskin, que es la punta más septentrional de Siberia, y desde allí habría de navegar muy despacio hasta el sitio en donde el Lena desemboca en el Océano Ártico. Después, ya no encontraría serios obstáculos. Todo consiste, pues, en que la escuadra no tarde en doblar el citado cabo, ya que, de lo contrario, los hielos la detendrían antes de llegar al estrecho de Behring; entonces presentaría un grave problema cuya solución dependería únicamente de los datos aportados por el *Ermak*, de su antes citada expedición polar, datos que sólo los centros oficiales rusos conocen.

»Veamos las probabilidades de éxito que ofrecen las dos vías que existen para llegar al Extremo Oriente. Yendo por el paso del Nordeste, los rusos se exponen á quedar detenidos por los hielos, pero en cambio tendrían la ventaja de que cualquier tentativa hecha por los japoneses para salirles al paso traería como consecuencia inmediata el que la escuadra rusa de Puerto Arthur se viese libre de enemigos; además habrían de batirse en mares desconocidos, lejos de sus bases de operaciones y soportando fríos á que no están acostumbrados.

»Siguiendo la ruta ordinaria, es decir, el canal de Suez, llegarían sin dificultad hasta Saigón en donde encontrarían una benévola neutralidad; pero desde allí á Puerto Arthur, el camino estaría sembrado de peligros, con la agravante de tener los japoneses sus



S. M. colocando la primera piedra del monumento conmemorativo de la gloriosa jornada del Bruch, que ha de levantarse frente á los claustros del monasterio
(De fotografía de A. Merletti.)



S. M. inaugurando el monumento que se erige en la plazoleta del monasterio, dedicado á la Virgen de Montserrat por las Asociaciones de las Hijas de María de toda España para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada. (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. pasando revista de los somatenes que en número de más de 16.000 hombres se reunieron en Montserrat para celebrar la proclamación de la Virgen como Patrona del Cuerpo de Somatenes de Cataluña. (De fotografía de A. Merletti.)

bases de operaciones muy inmediatas. Una escuadra que hubiese de combatir en estas condiciones, fatigada por un largo viaje al través de medio mundo, es casi seguro que sufriría un descalabro.

«Todas las probabilidades están, pues, á favor del viaje por el Norte, ya que en caso de una batalla las fuerzas estarían más equilibradas y podrían los rusos reparar cómodamente en Vladivostok las averías que pudiera sufrir cualquiera de sus buques.

«Respecto del aprovisionamiento de carbón, los rusos, sea cual fuere la ruta que escojan, necesitan llevar consigo vapores carboneros; y el conseguirlos en número suficiente no es una de las menores dificultades que tendrán que vencer.»

El tsar ha conferido al vicealmirante Stark las insignias de la cruz de San Uladimiro de segunda clase, y le ha regalado además una espada de honor. Esta es la mejor respuesta que puede darse á los que decían que el ex jefe de la escuadra rusa había caído en desgracia y que su dimisión por motivos de salud no era en el fondo más que una destitución.

La emperatriz de Rusia, deseando hacer llegar á los soldados rusos del Extremo Oriente un recuerdo personal suyo, ha dirigido al barón Fredericks, ayudante del emperador, el siguiente rescripto:

«En virtud de la orden soberana de S. M. el emperador, una parte de nuestras valientes tropas ha sido llamada á realizar la gloriosa misión de defender el honor de nuestra querida patria.

«En nuestra solicitud por las dificultades de la vida del soldado en tiempo de guerra; vistas las privaciones que de ello resultan para él y las condiciones difíciles de la guerra actual en Extremo Oriente, he deseado aliviar todo lo posible para nuestras valientes tropas, con el concurso de la administración militar, los rigores de una campaña en país extranjero, enviándoles los objetos que el hombre necesita y cuyo uso es precioso, puesto que contribuye á conservar la buena salud de las tropas.

«Los recursos necesarios para la ejecución de mi deseo han sido puestos á mi disposición por mi muy querido esposo, S. M. el emperador.

«Os encargo que vigiléis la ejecución de mis planes y de las disposiciones que adoptaré más adelante, y estoy firmemente convencida de que, por vuestra parte, consagraréis todos vuestros esfuerzos á asegurar lo más rápidamente posible y del mejor modo el éxito de una obra tan cara á mi corazón.

«Que esta obra sea expresión de mi amor sincero á nuestro querido y valiente ejército ruso; y que el Señor nos permita llevarle un verdadero socorro.

«Soy vuestra invariablemente benévola.

ALEJANDRA.»

Aquí llegábamos de nuestra crónica cuando la prensa nos trae gravísimas noticias de Puerto Arthur, en cuyas aguas se ha librado al parecer un terrible combate entre las escuadras rusa y japonesa. No se conocen todavía detalles de esta acción naval, pero sí los resultados de la misma, que han sido fatales para los rusos: en efecto, éstos han perdido al almirante Makharoff, en quien tantas y tan justificadas esperanzas tenían puestas, y han perdido también el magnífico acorazado *Petropawloski* y un torpedero, habiendo además sufrido grandes averías el acorazado *Pobieda*. Con el almirante murieron todo su estado mayor y casi toda la tripulación del buque, de la que sólo se salvaron el comandante del acorazado, tres tenientes, dos guardias marinas y setenta y tres marineros. También se salvó el gran duque Cirilo, tío del tsar, que iba en el *Petropawlosky*, y que resultó con heridas graves, según unos, y según otros, leves.

La noticia de este desastre ha causado profunda sensación en Rusia y se comprende, pues aparte del efecto moral que ha de producir necesariamente semejante derrota y de lo que significa para una escuadra reducida como la de Puerto Arthur la baja de dos ó tres unidades de combate, la muerte del almirante Makharoff es una pérdida en concepto de muchos irreparable.—R.

S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Con razón se ha llamado á la augusta soberana que acaba de fallecer en París la reina de los tristes destinos. Pocos monarcas han subido al trono en medio de tantas explosiones de alegría como doña

Isabel II, que al ceñir la corona en 1833, cuando sólo contaba tres años, apareció ante todos los españoles como una esperanza de que en ella habían de hallar la redención del estado de opresión y deca-



S. M. la reina D.^a ISABEL II, † en París el día 9 de los corrientes

dencia en que los sumiera el ominoso reinado de Fernando VII; pocos han sido tan queridos de sus súbditos, á quienes dispensaba prodigamente sus bondades; pocos han visto morir con más entusiasmo en su defensa á tantos héroes que gritando ¡viva la reina! se cubrían de gloria luchando en España contra las huestes del pretendiente D. Carlos, y en Africa contra las hordas marroquíes.

Y sin embargo, la que tantas esperanzas había despertado, la que había conquistado tantas simpatías, la que había engendrado tantos entusiasmos, fué destronada violentamente, vióse objeto de los más proceres insultos y aun después de restaurada su dinastía vivió poco menos que olvidada en el extranjero, en apariencia voluntariamente alejada de su patria, á la que tanto había siempre querido, pero en realidad desterrada por esa implacable y en tantos casos incomprensible ley que se llama la razón de Estado.

Y padeció todas estas amarguras, no por sus propias culpas, sino por las de aquellos á quienes la Constitución hace únicos responsables de los actos de gobierno del soberano; porque con doña Isabel se ha dado el raro caso de que siempre, aun en los momentos de mayor efervescencia revolucionaria, el mismo pueblo que del trono arrojaba á la reina, recordaba conmovido los hermosos actos de la mujer que tantas veces había con sus rasgos generosos enjugado sus lágrimas.

Nació doña Isabel II en 10 de octubre de 1830, y en 29 de septiembre de 1833 sucedió á su padre bajo la tutela de su madre doña María Cristina, estallando poco después la guerra civil, que terminó en 1839 en las provincias del Norte y á mediados de 1840 en Cataluña. Los sucesos más notables de su menor edad fueron, además de aquella lucha, la proclamación del Estatuto Real en 1834, la matanza de frailes de 1835, la sublevación militar de la Granja en 1836, que obligó á la regente á aceptar la Constitución de 1812, la promulgación de la Constitución de 1837, la proclamación de la regencia del general Espartero en 1840 y la formación en 1843 del gobierno provisional presidido por D. Joaquín M.^a López, el cual convocó Cortes, que declararon en aquel mismo año mayor de edad á doña Isabel II. Dos partidos se

disputaron entonces el poder, el progresista y el moderado, dirigidos respectivamente por Olózaga y por Narváez; venció este último, que en 1845 dió una nueva Constitución. Durante su gobierno, España intervino en la revolución y guerra civil de Portugal y se sofocaron una insurrección en Filipinas y otra en Cuba y un nuevo levantamiento carlista en Cataluña, que terminó con la huida del conde de Montemolín. Triunfante la revolución de 1854, ocupó otra vez el poder Espartero; dos años después, volvieron al gobierno los moderados, que lo ocuparon hasta 1858, en que fueron substituidos por el partido llamado de la Unión liberal creado por el general O'Donnell. Desde entonces, moderados y unionistas turnaron en el poder hasta que estalló la revolución de 1868. Los hechos más importantes acaecidos durante este último período del reinado de doña Isabel II fueron: la guerra de Africa, en la que España se cubrió de gloria, pero no pudo obtener todas las ventajas que de su triunfo debían esperarse; la intentona carlista de San Carlos de la Rápita, la expedición á México, la guerra de Santo Domingo, la expedición naval á Chile y al Perú y las varias sublevaciones que precedieron á la citada revolución. Triunfante ésta, refugióse doña Isabel en Francia, abdicando en 25 de junio de 1870 la corona en su hijo Alfonso.

Desde su destronamiento, vivió constantemente en París, en donde ni un momento dejó de pensar en su querida España, á la que apenas pudo hacer pocos y cortos viajes. En la capital de Francia fué siempre la providencia de cuantos españoles á ella recurrieron: allí ha muerto rodeada de sus hijas, entre las bendiciones de cuantos merecieron sus bondades, pero sin tener el consuelo que había constituido el supremo deseo de su vejez, el de ver y abrazar á su nieto, al joven monarca que hoy ciñe la corona que un día ornó sus sienes.

¡Descanse en paz la infortunada reina!

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Víctor Hugo *Don Quichotte*, comedia heroica en cuatro actos y seis cuadros, en verso, de Jacobo Le Lorrain, y *L'Amour vole*, comedia en un acto en verso de Luis Payen.

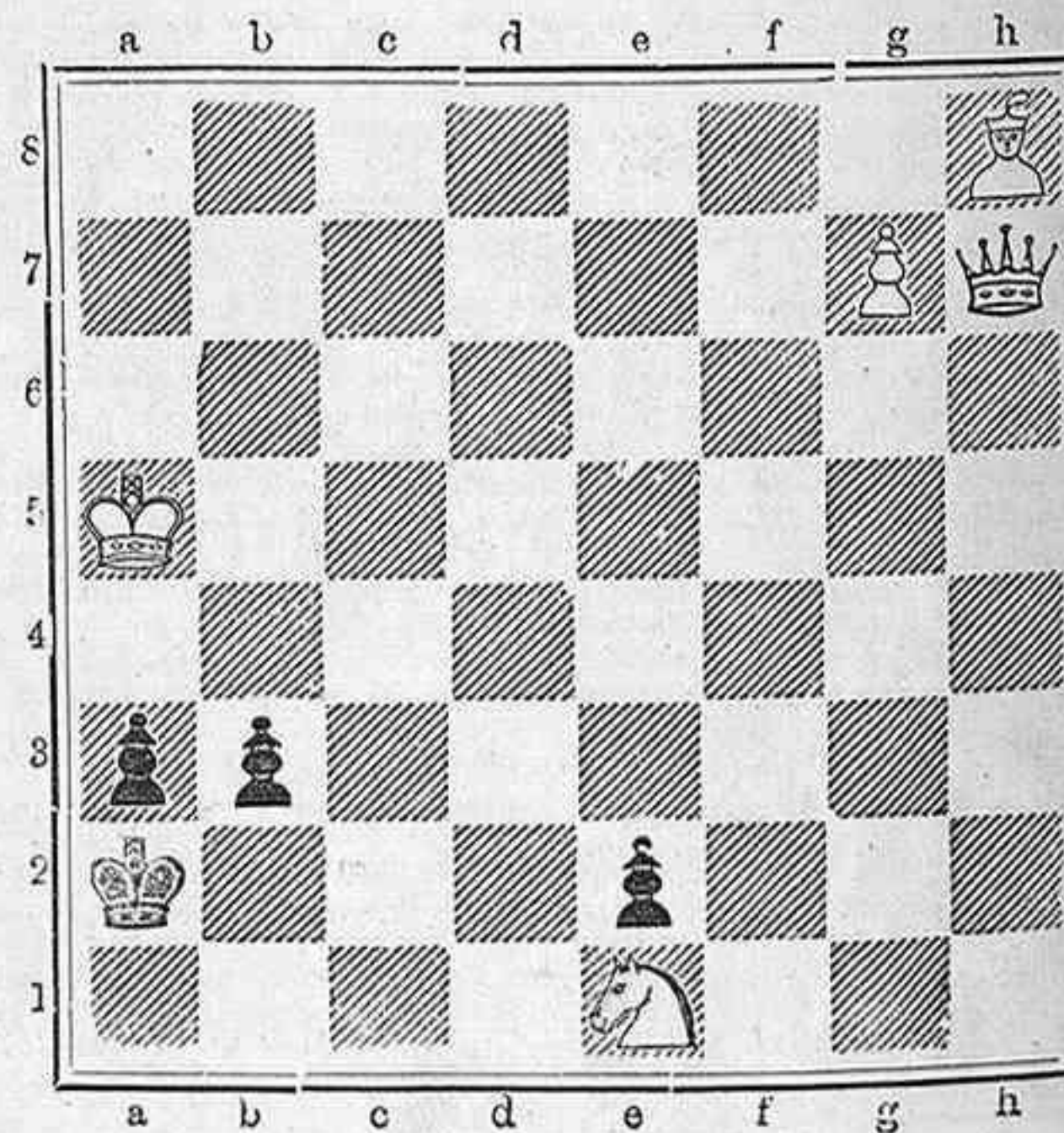
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El crim del carrer de las Moscas*, comedia en tres actos de D. Antonio Ferrer y Codina, y *Lo forn de 'n Pere Pastera*, sainete en un acto de D. Ramón Ramón; en el Principal *El hijo de Coralía*, comedia en cuatro actos arreglada del francés por Pedro Gil y Ricardo J. Catarineu; y en el Eldorado *El trébol*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Paso y Abati, música de los maestros Valverde (hijo) y Serrano. La «Associació Wagneriana» anuncia para el día 20 un concierto por el célebre Cuarteto Tcheque, del que tan buenos recuerdos guarda nuestro público; el programa lo forman las siguientes piezas: *Quarteto*, de Suk (segundo violín del cuarteto); *Nocturno*, de Borodine; *Vols triste*, de Nebdal (viola del cuarteto); *Presto*, de Haydn; y *C. en cuarteto n.º XIV* (op. 131), de Beethoven.

BOUQUET FARNESE VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 361, POR F. V. HOLZHAUSEN.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

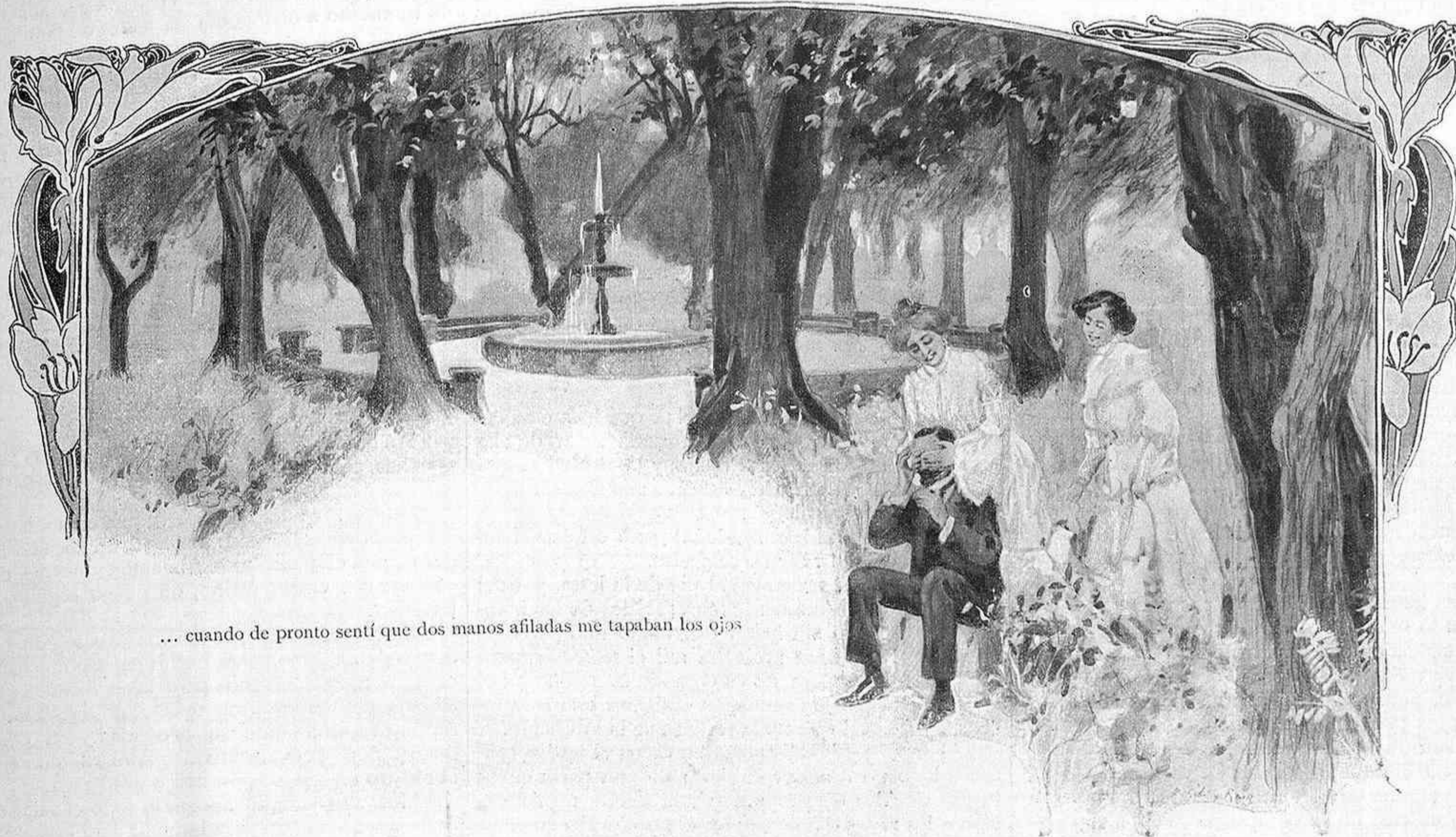
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 360, POR A. STEIF.

Blancas.

1. Dg4-g1
2. D ó T mate.

Negras.

1. Cualquiera.



... cuando de pronto sentí que dos manos afiladas me tapaban los ojos

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»Opuestos por naturaleza á contraer esas relaciones que sólo sirven para abrumar la vida de cuidados enojosos y vivir á gusto de los demás, sólo tratábamos al capitán y á mamá Ersilia, alguna que otra vez al primo Fernando, que después de su proeza del Tesino se había creído en la obligación de mostrármese agradecido ofreciéndome solemnemente su amistad, y á dos ó tres amigas de Leticia, las cuales iban á visitarla de cuando en cuando para hablar de modas.

»La mamá Ersilia era siempre la misma excelente mujer; alegre y parlera como una vieja cotorra, al dar consejos á su hija sobre el modo de llevar la casa, hallaba siempre ocasión de decirme, entre broma y queja, que yo le había robado todo el cariño de su hija. Leticia sostenía que no era verdad, y yo también lo sostenía; pero allá en mi interior estaba persuadido de que la queja de la buena señora era fundada, y que Leticia, al casarse, había privado á sus padres de una buena parte de sí misma.

»La transformación de la doncella en mujer, de la hija en madre, se efectúa de golpe; el abandono que de ello resulta es repentino: un hombre, un ser casi desconocido, ocupará en adelante en el corazón de aquella criatura inexperta el puesto de los afectos de la infancia: toda la vida pasada se borra en un día; al salir del tálamo nupcial se presenta á los ojos el porvenir, luminoso, deslumbrador; el primer sueño de la esposa es la copa del olvido en que se pierde la memoria de la virgen.

»Idea dolorosa para una madre! Idea dulce, pero de una dulzura mezclada de terror y de zozobra, para el hombre llamado á ser guía y amigo de aquella criatura á quien la nueva revelación ha conmovido, á quien la nueva misión ha hecho latir el corazón de anhelo, de aquella pobre paloma asustada que apenas empieza ahora á vivir, que lo ha dejado todo y se refugia confiada bajo el ala de su compañero!

»Desdichado el hombre que no sabe devolver á la mujer que ha unido á su existencia cuanto le ha quitado; que en su cariño, en su protección, en sus cuidados y atenciones no sabe hacerla encontrar de nuevo el cariño, los cuidados y la protección de una madre!

»Esto me dió mucho en que pensar la víspera de nuestra boda, pero salí de mi preocupación más sereno y más fuerte, y me encaminé á la felicidad con la conciencia de merecerla y de saberla merecer siempre.

»Un accidente funesto vino á hacerme sentir más profundamente los deberes de mi estado, al cabo de un año de matrimonio; y fué la primera nube en toda la serena extensión del horizonte.

»Érase una cruda noche de invierno, y habíamos ido á pasarla á casa de la mamá Ersilia; allí, entre las bromas y el calor de la chimenea nos habíamos entretenido agradablemente hasta muy tarde con sumo contento del anciano capitán, que lo atribuía ingenuamente á sus historietas belicosas; y como se puede suponer, no dejó de referir también aquella noche la famosa jornada de Novara, de describir aquellos campos fatales á Italia, donde los piemonteses habían sufrido la derrota postrera y decisiva y donde él había sepultado el dedo pulgar de su mano derecha. A pesar de los tormentos de un reuma pertinaz que le privaba del libre uso del brazo, llevado del entusiasmo con que hacía su relato, había trazado en el aire con la mano lisiada las líneas de un formidable plan estratégico, interrumpiéndose de vez en cuando para dar á todos los demonios la dolencia que mortificaba su ardor con punzadas inoportunas.

»Ya cerca de las doce de la noche, maravillados de la rapidez con que se nos había pasado el tiempo, nos levantamos para marcharnos. El capitán quiso acompañarnos hasta la puerta, pero al intentar ponerse en pie, sintió tales dolores que no pudo lograrlo y se disculpó riendo por no alarmarnos. Y en efecto, no suponíamos que estuviese peor que de costumbre, y salimos seguidos de la mamá Ersilia; mas aún no habíamos dado dos pasos fuera de la habitación, cuando oímos un grito agudo, y al entrar de nuevo, sobresaltados, vimos al capitán tendido en su sillón en el cual se agitaba presa de un temblor nervioso; tenía la cara pálida y desencajada, y de la frente le brotaba un sudor copioso.

»La desesperación quitó á Leticia toda su energía; pero su madre se acercó animosamente á su marido y le llamó muchas veces; el pobre capitán movió los labios como para decir algo, pero no pudo articular ni una palabra; un ataque de gota le había quitado el habla.

»A los dos días estaba muerto.

* *

»Pocos meses después de tan triste suceso recibí la noticia de la muerte de mi padre.

»La coincidencia de estas dos desgracias me hizo

pensar en que hay una edad en la vida en la cual nos encontramos solos en el mundo, en que el pasado se desprende de nosotros, y en la que los canosos testigos de nuestra infancia bajan uno tras otro á la tumba, donde nos aguardan y donde nosotros aguardaremos á nuestros hijos.

»Este triste pensamiento estrechó aún más los vínculos que me unían á mi Leticia; en adelante ella lo era todo para mí; la vida de mi corazón empezaba y concluía en ella; el porvenir me sonreía en sus labios.

»El fallecimiento de mi padre me dió á conocer el estado de mi fortuna, cosa que yo había ignorado hasta entonces, indagación dolorosa que hice bien á pesar mío como una profanación necesaria. Yo no era rico: mi padre, á fuerza de trabajo y de economía, había reunido un capital insignificante; reducido á lo que únicamente me producía aquel capital, no podía atender á las necesidades de mi familia; fuéme, pues, preciso renunciar al ocio estudiantil en que había pasado los dos últimos años y buscar una ocupación lucrativa. Hacía muy poco tiempo que se me había ofrecido una plaza de ingeniero auxiliar en una vía férrea que se estaba construyendo en el cantón del Tesino para unir á Lugnano con el territorio lombardo; la había rehusado, pero me desdije y acepté.

»Fué forzoso marchar de Pavia á Lugnano; lo cual no nos hubiera sido sensible, puesto que nos acompañaban nuestra felicidad y todos nuestros afectos; pero la mamá Ersilia se negó á ir con nosotros y se obstinó en quedarse en su casa, en su país, al parecer por tenaz encariñamiento á sus costumbres; pero en realidad, á mi juicio, por no separarse totalmente del que había sido el compañero de toda su vida y recibir sepultura á su lado.

»Inútil fué cuanto hicimos por disuadirla de su propósito; harto conocía yo que, no obstante su cariño maternal, los años la hacían pertenecer á la tumba más bien que á sus hijos.

»Como era natural, nos separamos derramando muchas lágrimas.

»Lugnano era una población que yo veía por primera vez y que me gustó. Leticia estaba encantada de su golfo, de sus casas blancas, limpias, situadas semicircularmente en la playa, de sus lomas amenas, de los montes que la rodeaban y del aspecto grave y severo de su lago. Figúrese usted la alegría de una joven de veinte años que no había visto un lago en toda su vida.

»No tuvimos que buscar mucho para encontrar una habitación que nos conviniera.

»Todo nos sonreía; el empleo que yo había obtenido en el ferrocarril en construcción estaba muy bien retribuido; las comodidades que podía proporcionar a mi buena compañera me eran doblemente gratas porque procedían de mi trabajo. La única contrariedad era que mis ocupaciones me tenían separado de Leticia gran parte del día, y a veces el día entero sin poder vernos un momento hasta la noche.

»Aconsejé a Leticia que se entretuviera en el jardín unido a nuestra casita; me obedeció, pero como estábamos en otoño, todas sus ocupaciones se reducían a sembrar las semillas de algunas flores primaverales y a recoger las de las plantitas anuales. Al llegar la primavera siguiente me enseñó, palmoreando de alegría, varias primaveras en flor nacidas de sus semillas y una bellísima mata de lirio de los valles, cuyo bulbo había enterrado sin decírmelo.

»Las obras de la vía férrea se efectuaban con actividad; la sociedad que las había emprendido quería terminarlas en el más breve espacio de tiempo posible para no tener sus capitales improductivos; mas por desgracia no bastaba la buena voluntad y llegó un día nefasto en que la sociedad se presentó en quiebra.

»Apenas había transcurrido un año de mi nueva vida, cuando se dió la orden de suspender las obras. A consecuencia de esta catástrofe imprevista me quedé otra vez reducido a la renta de nuestro pequeño patrimonio, pero nos conformamos a ella sin dolor. En todos los pequeños quebrantos económicos que yo había sufrido hasta entonces, siempre me fué muy bien con mi filosofía; esa clase de disgustos es para mí de un carácter tan determinado, toca tan poco mi corazón, que casi no la comprendo; la reflexión me hace ver más arduas las consecuencias de una desventura, sin que la desventura misma haya tenido tiempo de arrancar de mi corazón una queja. No cesaba de pensar un instante en Leticia; ella había aprendido a juzgar con mi juicio, a alegrarme de lo que me alegraba, a tener lágrimas por lo que me entristecía.

»En aquella ocasión nuestra irreflexiva conformidad fué tan allá, que donde otros hubieran encontrado fundados motivos de pesadumbre, nosotros los encontramos de satisfacción; yo dí riendo a mi mujer la noticia de la suspensión de los trabajos, y ella la escuchó riendo también; y una hora después nos habíamos olvidado de aquel contratiempo hasta tal punto, que no veíamos en él más que una cosa: la dicha de poder pasar los días juntos.

»Leticia quiso celebrar con una fiestecilla el primero de aquellos días, y desde muy temprano me dijo que me preparase a estar alegre porque ella quería estarlo también.

»El programa era muy bonito y estaba ya hecho; a mí me incumbía aceptarlo sin discusión.

»Ante todo un paseo en barca hasta Campione para pedir de almorzar a nuestro amigo Sempronio, al cual había conocido con motivo de ciertas compras de terreno para la vía férrea; y después... nada más. La casualidad completaría el programa; la casualidad nos proporcionaría la comida, y ella cuidaría de nuestro regreso.

—»Y recorreremos el lago a nuestro capricho.

—»Lo recorreremos.

—»Iremos a Porlezza.

—»O a Capolago...

—»O a Morcote.

»Una carcajada, luego otra, y luego un beso, y otro...

—»Pero hay un contratiempo, dije dándole una palmada en la frente.

—»No es verdad, no es verdad, no hay contratiempos..., no puede haberlos.

—»Y sin embargo, lo hay.

—»¿Lo hay?

—»Sí; nos falta el barquero; Paulino Gaggini no estará hoy en Lugnano, pues ya sabes que sólo viene tres veces por semana.

—»Es verdad; no habíamos caído en ello.

—»Pero podemos tomar otro barquero, si te parece.

—»¡Otro! No; Paulino es de los nuestros, otro sería un extraño; y además ya sabes que tendría miedo de ir por el agua con cualquier otro.

—»Remaré yo.

—»Ni por pienso. ¡Pues no faltaba más! No podrías ir sentado a mi lado; tendría que ver cómo te cansas y estarme sin hacer nada; y además no quiero que te salgan vejigas en las manos como la otra vez.

—»Entonces...

—»Entonces..., ¿qué sé yo? ¡Qué desgraciada soy! ¡Un proyecto tan agradable! ¡Nada menos que un viaje al extranjero!, dijo entre broma y despecho.

—»¡Qué lástima! ¡Un proyecto tan agradable! Pero se me ocurre una idea...

—»¿Cuál?

—»Almorzaremos huevos frescos y todo cuanto prefieras en gratísima compañía y en el sitio más delicioso de la tierra. ¿Aceptas?

—»Acepto.

—»Pues entonces quedémonos en casa, solos. Después de almorzar, en lugar de tu viaje al extranjero, daremos la vuelta al mundo alrededor de tu jardín; miraremos tus flores, los insectos que han escogido en ellas su vivienda, perseguiremos tus libélulas y haremos salir de su nido a tu hormiga-león.

»Leticia me echó los brazos al cuello llena de contento.

—»¿De veras? ¡Cuán feliz soy! ¡Y qué loca era! Teníamos la alegría en casa y te quería sacar de ella para ir a buscar en casa ajena; y la verdad es que hace tiempo que te quería enseñar mis flores...

—»Y tu hormiga-león...

—»También mi hormiga-león; ¡pero estabas siempre tan ocupado! Hoy no te suelto.

»Cumplióse el programa al pie de la letra, y aquel fué un día verdaderamente feliz. ¡Tristes de los hombres que mueren sin haber disfrutado uno parecido en su vida! A mí me prometía mil el porvenir; pero la felicidad duradera no es cosa de este mundo; el hombre que puede estrecharla entre sus brazos la rechaza, y a aquel que no la rechaza se la arrebatan.

»Al anoecer estábamos todavía en el jardín, sentados bajo un cenador cubierto de una parra cuyas hojas, vestidas de púrpura por el otoño, resplandecían a los rayos del ocaso; un olmo elevaba sus brazos desnudos a poca distancia; pero una campanilla se había enredado alrededor de su tronco y ostentaba sus últimas flores sonrosadas entre aquellos miembros descarnados; algunos pajarillos vagabundos revoloteaban por allí buscando un lecho donde pasar la noche; algún insecto prorrumpía de vez en cuando en sus estridentes notas y el cielo parecía una paleta manchada de cien colores.

»La mano de Leticia estaba en la mía estrechándola instintivamente; mi brazo circundaba su cuello; ella apoyaba la cabeza en mi pecho y callaba.

—»¡Qué felices hemos sido!, me dijo al poco rato suspirando.

—»¿Por qué no dices somos?

—»Es verdad; pero ¿quién sabe si será duradera esta felicidad?

—»¡Qué idea!

—»Sí, una idea muy desagradable; y no sé por qué se me ha ocurrido ni quién me la susurra al oído. Pero no quiero escucharla; nadie podrá arrebatarnos ya nuestro amor, al menos estamos seguros de esto, y de nosotros depende el poder ser siempre tan venturosos como hoy, de ti depende que todos los días se asemejen al presente. Vamos a ver, prosiguió con acento cariñoso, ¿por qué no hemos de poder vivir siempre juntos y renunciar a las ocupaciones que te obligan a estar fuera de casa?

—»La razón consiste...

—»No prosigas; sé que no somos ricos, pero no nos falta una renta, una renta que... ¿A cuánto asciende?

—»A tres mil liras.

—»¡Tres mil liras! ¡Entonces somos ricos!

—»Casi, casi.

—»Dejemos a un lado las bromas; con tres mil liras se debe poder vivir, debemos poder vivir; economizaremos. Ante todo nuestra casa es muy grande: ¿para qué necesitamos seis habitaciones? Escúchame con atención: «una alcoba», esta es indispensable; «una antesala, un despacho para ti», estas también son indispensables.

—»Y van tres: «una sala para recibir», cuatro; «un cuarto para la criada», cinco.

—»«Y un comedor», seis. Es verdad, no sobra ninguna.

—»Te has olvidado de la cocina, dije riendo, pero ésta no es indispensable.

»Leticia me dió un beso y no se habló más de semejantes economías, pero aún no se dió por vencida, y merced a ciertos cálculos me probó matemáticamente que con tres mil liras todavía teníamos para lo superfluo.

—»¿Qué te parece?

—»Muy bien.

—»¿De modo que renuncias?

—»Todo lo que quieras; ya volveremos a hablar de esto.

—»No, señor; hay que hablar en seguida.

»Entonces me creí en el deber de apelar a mi seriedad, y dije gravemente algunas palabras acerca del

porvenir, de los deberes de un jefe de familia que de un momento a otro podía ser padre de familia.

»Leticia no me escuchaba ya; cuando cesó de hablar, y le levanté la frente, que había apoyado sobre mi pecho, vi que tenía el rostro bañado en llanto. Preguntéle afanoso qué le pasaba; no me contestó y me sonrió sin dejar de verter lágrimas. Insistí porque me dijese en qué la había afligido, y ella se excusó asegurándome que no la había hecho nada, hasta que por último, vencida por mis tiernas frases y mis ruegos, se echó en mis brazos y me dijo con quejumbroso acento:

»Temo no ser bastante para tu felicidad, no poder darte lo que te falta para completarla.

XVIII

La señora Albruzzi

»Yo había pensado mucho en ello otras veces, y aquellas palabras sólo sirvieron para despertar un antiguo deseo.

»Leticia lo acababa de decir; una cosa faltaba para completar mi felicidad: un hijo, un ser que llevase escrito en el rostro nuestro amor, que me diese a conocer un nuevo cariño, un nuevo orgullo, la paternidad.

»En los tres años que llevaba casado con Leticia, esta esperanza me había hecho parecer muchas veces más risueño el porvenir; pero la exuberancia de los afectos que llenaban mi corazón, no me había hecho sentir ardorosamente su necesidad. Sin embargo, poco a poco la expectativa se convirtió en anhelo, y el anhelo en resignación casi desesperada.

»Mas aun cuando apreciase todo el valor del sacrificio que la naturaleza imponía a mi corazón ávido de las dulzuras de la paternidad, no hubiera podido imaginar entonces que más adelante, en un día de cobardía y de baja, me hubiese faltado la más vigorosa defensa para librarme de la vergüenza y de la culpa, defensa que habría sido mi hijo, mi orgullo.

»La Providencia, que me infundió por igual el instinto del bien y la sensual tendencia al mal, dejó a cargo de mi voluntad todas las peripecias de la lucha. Si yo hubiese tenido un hijo, un aliado, habría mirado frente a frente a la seducción con el fácil desdén de un guerrero invulnerable.

»La modesta soledad en que vivíamos no había bastado para alejar las ocasiones de contraer relaciones con la sociedad; la curiosidad está siempre a la puerta del prójimo atisbando el momento de introducirse en su casa, y ¡ay del que no se presta a ello y no muestra por completo su felicidad!

»Obligados, pues, por la necesidad, habíamos trabado conocimiento con varias familias lombardas residentes en Lugnano, las cuales, por un motivo ó por otro, se decían en relación con mi familia ó con la de Leticia.

»Ese yugo que consiste en hacer y devolver visitas pesaba sobre mi cerviz como si fuese de hierro, y más de una vez amenacé con romperlo bruscamente; pero Leticia me había disuadido y conformado a soportar aquel fastidio, diciéndome que éste era también necesario para realzar la suavidad de nuestro amor y la tranquilidad de nuestro hogar.

—»¿A que no aciertas, me dijo un día, quién ha venido a verme mientras tú estabas fuera?

—»No puedo adivinarlo.

—»Mi amiga Luisa, aquella Luisita a quien más de una vez viste en mi casa; ¡si vieras cómo ha crecido y qué guapa está! Ha pasado dos meses en las cercanías de Lugnano sin que lo sospecháramos siquiera; ahora vuelve a Milán, donde debe casarse con un oficial. Pero ¿qué tienes que no me contestas? ¿Te disgusta que haya vuelto a ver a mi amiga de infancia?

—»No en verdad; sería cruel é injusto, puesto que te ha causado alegría.

—»Si me la ha causado!.. ¿Sabes que hacía cuatro años que no la veía? La pobrecilla se había quedado huérfana de padre dos años antes que yo, y en realidad era una huérfana, porque su madre apenas se cuidaba de ella; entonces hubo de marcharse a Milán a vivir con su tutor y tío el Sr. Albruzzi, que es un banquero. Desde entonces no la había vuelto a ver, y quién sabe si la veré más, porque mañana parte. Me ha hecho prometer que irá a visitarla...

—»¿A Milán?

—»Algo más cerca; en casa de Albruzzi, aquí en frente, antes de su partida. Es esa casa que hemos visto siempre deshabitada.

»Preciso fué darle gusto y acompañarla al día siguiente a casa de Albruzzi, y me recompensó con un beso.

—»Verás a la señora Albruzzi, una mujer bellísima.

—»¿Cómo lo sabes?

—¿No te lo he dicho? También ella ha venido acompañando á Luisa; es una señora de muy buen trato.

—¿De veras?, dije en tono de burla. ¿Conque mi señora esposa se permite recibir?..

—Justamente.

—¿Y qué te ha dicho esa señora Albruzzi de tan buen trato?

—Muchas cosas de que no me acuerdo, y ha acabado por decirme que *había tenido mucho gusto en conocerme*.

—¿Y á que acierto lo que le has contestado?

—¿Qué?

—Que *el gusto era más bien tuyo*.

—Precisamente.

»Dos carcajadas, interrumpidas por un largo beso, y por aquella noche no se habló más del asunto.

»La señora Albruzzi era en verdad lo que se puede llamar una mujer hermosa, algo fatua, un poco pagada de sí misma, como todas las mujeres que están persuadidas de ser bellas.

»Había dejado pasar un buen rato antes de presentarse, dejando que Luisa hiciese los honores de la casa á su amiga, y probablemente por dar golpe, y al entrar se hizo preceder de un roce de vestido, especie de aviso para que la admiración estuviese preparada.

»Poco familiar con los hombres, y menos aún con las mujeres, fui siempre severo y frío con la vanidad de esas reinas de la belleza; por esto la señora Albruzzi no debió quedar muy envanecida de mi incienso. Me mantuve en su presencia en los límites más estrictos de la educación, por miedo de que un ademán, una palabra sugerida por la cortesía cobrasen á sus ojos apariencias de admiración.

»La vanidad siempre ha tenido en mí un enemigo inexorable, y como no me la perdono á mí mismo, tampoco estoy dispuesto á perdonársela á los demás. Ajeno por naturaleza al vituperio, me he hecho por principio sobrio en alabanzas; y ahora comprenderá usted por qué los que se me parecen están mejor en la soledad que en medio de los hombres, para con los cuales sólo tienen mérito la arrogancia ó la adulación.

»La señora Albruzzi pareció no notar mi proceder; me dirigió la palabra cortésmente, me miró fijamente y con dulzura, me interrogó detenidamente acerca de la suspensión de las obras del ferrocarril, y afectó escucharme con tanta y tan benévola atención, que me sentí desarmado y acabé por deducir que las prevenciones nos conducen casi siempre á la injusticia y que debía una satisfacción á la señora Albruzzi.

»Además, ésta se mostraba tan cumplida y atenta con Leticia y le hablaba con acento tan cariñoso y le expresaba tan abiertamente su simpatía, que la gratitud arrancaba sonrisas á mis labios.

»Estas ideas me hicieron más indulgente respecto de su belleza, y entonces me digné reparar en ella.

»He dicho ya, y bien lo sabe usted, que aquella mujer era hermosa. Sus facciones, la arrogante morbidez de sus formas, todo en ella formaba marcado contraste con mi Leticia. La belleza de la señora Albruzzi, más osada, más provocadora, más fascinadora, hablaba á los sentidos; la belleza de mi Leticia hablaba al corazón. Y aquella comparación y aquel contraste me indujeron á formular en estos términos el último resultado de mis pensamientos:

»La belleza de las mujeres como la señora Albruzzi es belleza mundana, de la que el mundo quiere tener su parte; la de Leticia es esa belleza que fomenta la alegría de la casa y no sirve más que para el amor legítimo.»

»A pesar de toda mi buena voluntad por reconciliarme con la señora Albruzzi, aquella visita me pareció sumamente larga, y saludé con agrado al señor Albruzzi cuando entró á avisar que todo estaba dispuesto para la marcha.

»Las dos amigas se separaron deseándose toda

suerte de prosperidades y la bella dama estrechó afectuosamente la mano de Leticia, diciendo que á su regreso á Lugnano vendría á solicitar el honor de nuestra amistad.

»Al salir de aquella casa me dijo Leticia:

—¿Qué te ha parecido la señora Albruzzi?

—Que es una mujer muy guapa.

—¿Y qué me dices de su trato, de su talento?

—Que es una mujer guapa.



Entonces abrí el paraguas, que era tan grande que á entrambos nos cobijaba

—»Me ha dicho tantas ternezas: ¿debo creerla sincera? ¿Crees que esa mujer tiene corazón?

—»Es una mujer guapa.

—»Poco á poco: ¿acaso yo soy fea?, preguntó en tono de broma.

—»Tú eres un ángel.

—»¿La calidad de ángel excluye la de mujer guapa?

—»La hermosura de las mujeres como la señora Albruzzi, contesté con gravedad, es hermosura mundana de la que el mundo quiere tener su parte; la de mi Leticia es esa hermosura que fomenta la alegría de la casa y no sirve sino para el amor legítimo.

»Mi esposa me interrumpió tapándome la boca con la mano.

—»Tu Leticia, dijo, cree que eres un loco adorable.

—»Y á tu loco le parece adorable tu locura.

»Quince días después, la señora Albruzzi, de regreso en Lugnano, vino á visitarnos.

»En aquella ocasión mostró tanta cordialidad, tanta franqueza, hizo tantas caricias á Leticia y la besó con tanta ternura, que mi buena esposa, lisonjeada de haber inspirado un sentimiento tan repentino y temerosa de mostrarse ingrata, entregó su ingenuo corazón.

»Las visitas fueron en breve más frecuentes por una y otra parte, y se pasó á la más estrecha intimidad. La proximidad de las casas favorecía aquella frecuencia que la diferente índole de ambas mujeres hacía agradable; cada día establecía una nueva familiaridad adquirida para el patrimonio común, y cada nueva familiaridad era un tesoro inextinguible del que se hacía verdadero despilfarro. La proposición procedía siempre de la señora Albruzzi; por lo común era un rasgo de confianza que se le escapaba involuntariamente, una palabra, una acción no contenida á tiempo, á la cual seguía un arrepentimiento entre serio y bromista, y una franca carcajada que estimulaba la proposición de regularizar en el terreno de la práctica lo que había sido accidental. Leticia consentía siempre, palmoteando de alegría; verdad es que no se habría atrevido á negarse ó á oponer reparos, aun cuando lo quisiera; pero era preciso creerla cuando decía que «si se hubiese atrevido habría sido la primera en hacer la proposición.»

»Este proceder de mi esposa contribuyó á revelar-me la transformación ocurrida en su carácter desde que nos casamos; aquella criatura aturdida que corría tras las mariposas en su jardín, al contraer matrimonio se había vuelto tímida y reflexiva; había violentado su propia índole para amoldarse á la mía, y este es un homenaje que el amor de la mujer tributa tícidamente y sin notarlo al hombre amado.

»La timidez no es otra cosa sino el fruto de la bondad de ánimo y de la benignidad; y á muchos hombres que parecen audaces y arrogantes no les falta más que la costumbre de pensar para tornarse tímidos. Contra lo que se opina de muchos, que no piensan nunca, existe en ellos una timidez que es un sentimiento exquisito del alma, en el cual no entra bajeza alguna, en el cual no concurre otro temor sino el de afligir al prójimo.

»Dispuesta siempre á suponer en el corazón de los demás la franqueza que había en el suyo, Leticia no pudo pasar mucho tiempo sin corresponder á los sentimientos que creía haber engendrado, y quiso muy de veras á su buena Laura.

»Pero la buena Laura estaba muy lejos de sentir verdaderamente cuanto demostraba á su nueva amiga; á mí, práctico en las cosas del corazón y no cegado por pasión alguna, no se me ocultaba nada de lo artificioso que había en su conducta; en aquel tiempo yo tenía la vista perspicaz y justo criterio, porque

mi corazón también era justo. Yo conocía perfectamente cuánto valían los mimos y ternezas prodigados por la «buena Laura» á su *pequeña* Leticia; pero no viendo en ellos gran mal, lo dejaba pasar todo sin cuidarme de precaver la obra del tiempo, arrancando á Leticia una ilusión de la que parecía gozar. Sin embargo, la pobrecilla era más tenaz de lo que yo mismo me figuraba; y como á pesar de mi silencio, ó precisamente por mi silencio, advertía que yo no estaba encantado, ni mucho menos, de su amistad con la señora Albruzzi, procuraba concienzudamente modificar mi opinión y defender á su amiga, lo cual ocurría tácitamente, porque no recuerdo haberle dicho nunca una palabra para suscitar tal cuestión.

»Recuerdo que un día estando en casa de Albruzzi entró una señora, y la buena Laura la besó dos veces en nuestra presencia, al recibirla y al despedirla. Yo miré á Leticia sin decir palabra; ella me miró también, y al salir de aquella casa me dijo sin que yo le preguntase:

—»La señora Bianchini es una amiga de infancia de Laura.

»En otra ocasión presenciábamos una escena semejante; sino que entonces no era una amiga de la infancia, sino simplemente una *amiga* que regresaba de un viaje de una semana hecho á Milán. De todos modos, la frecuencia y la facilidad no eran las más á propósito para dar crédito á la sinceridad de aquellos besos, y aun noté que á mi esposa la tuvieron muy preocupada.

»Enemigo por naturaleza de todo disimulo, no se me ocurrió ni un momento velar lo que pasaba en mi ánimo, y así lo demostré á la señora Albruzzi con mi actitud y mis palabras, y en más de una ocasión, abiertamente. Pero la hermosa dama fingió no echarlo de ver, y habría continuado en tan digno propósito por ver si conseguía hacerme rabiar, á no haber sobrevenido cierta frialdad por parte de Leticia, frialdad de que me echó la culpa.

—»Tenemos que ajustar unas cuentas, querido señor Luciano, me dijo con la franqueza de que solía hacer gala un día que nos quedamos solos.

—¿De veras?

—»De veras; y ya hace tiempo que debería haberlo hecho, para lo cual me da derecho nuestra amistad, ó al menos la que le profeso á usted.

—»El preámbulo me desconcierta.

(Continuad)

La manía de los microbios, por Lewis Perry

¿Quién no conoce á alguno de esos microbióforos, que son una de las mayores calamidades de nuestros días?

No se da tregua ni reposo. No puede tolerar que sus amigos y conocidos disfruten de las dulzuras de la tranquilidad de espíritu. Así como el muchacho travieso



Sacará ostensiblemente el pañuelo y sacudirá con cuidado un poco de polvo que se ha imaginado ver.

de la fábula gritaba: «¡El lobo!», él grita: «¡Los microbios!», y se desespera cuando se responde con una sonrisa á su grito de alarma.

Parece que no se propone tener en su vida otro objetivo que el de ser el peor enemigo de los universales bacilos, á los que persigue sin descanso. ¡Pobres animalejos! Pero en fin, no es eso lo peor, sino que al mismo tiempo se convierte en un azote para todos sus conocidos, á quienes trata poco menos mal. No se da cuenta de que casi todos tienen en este mundo trabajos y molestias bastantes para que todavía vayan á echarse encima otra carga más: la de exterminar metódicamente á los infelices microbios. Goza, por lo visto, en esa continua matanza, y el que no participa de ese goce queda, en su opinión, relegado á la categoría de criminal de la peor especie.



Nunca deja de proveerse de un velo, que coloca sobre la boca y nariz con objeto de no aspirar el aire de la calle

Con tal de llevar á cabo su campaña, poco le importa ofender el amor propio de los demás. Conviene usted á almorzar; antes de sentarse á la mesa sacará ostensiblemente el pañuelo y sacudirá con cuidado un poco de polvo que se ha imaginado ver.

«Donde hay polvo hay microbios!», dirá en tono sentencioso á los circunstantes mientras limpia la silla.

«Para esto no se fie usted nunca de las criadas,» añade con aire de sabiduría.

Lo que luego hace es coger el limpio cubierto y mirar cuidadosamente primero el tenedor, después el cuchillo y frotarlos fuertemente con la servilleta.

«Conoció á uno—sigue diciendo—que enfermó de fiebre tifoidea por haber comido con un tenedor, que no tuvo cuidado de limpiar antes, en uno de los me-

jores restaurants. Los gérmenes de la fiebre tifoidea son muy difíciles de extirpar.»

Durante toda la comida no cesa de hablar de los microbios. No es, pues, de extrañar que no se vuelva á invitar á un comensal tan entretenido y agradable.

Se pasa la vida inventando sistemas y fijándose reglas de conducta á fin de desbaratar las asechanzas de sus mortales enemigos.

Por ejemplo, siempre que tiene que entrar ó salir de una habitación, nunca coge la perilla de la puerta como lo hacen los demás. Se guardará muy bien de ello. Pudiera sobre el pulido metal ó porcelana haber algún microbio; así es que coge la punta de la americana, la co-



Coge la punta de la americana, la coloca con cuidado sobre la perilla y luego da la vuelta.

loca con cuidado sobre la perilla y luego da la vuelta.

Ocurriósele una vez á un burlón decirle que si hubiera habido paseándose por la perilla un microbio solitario, con sus precauciones lo que hubiera conseguido era quitarlo de la puerta para llevárselo en la americana, donde más á sus anchas podría trasladarse á su persona cuando lo tuviera á bien.

Dirigió el destructor de microbios al incrédulo una mirada compasiva.

«Amigo mío—díjole despacio y solemnemente,—todo organismo que pueda vivir más de cinco segundos entre el paño de mi americana, queda autorizado para hacerme el daño que quiera. No soy tan loco que ande por el mundo sin llevar defendidas las prendas de vestir que uso. Todas las mañanas rocío la ropa que me pongo con el germinicida Rotall, que mata en el acto infaliblemente todos los bacilos.»

Ese señor tan especial toma invariablemente otra precaución muy característica; nunca coge con la mano el dinero que le dan. Va provisto de una especie de cuchara, que saca de un bolsillo ad hoc cuando tiene que recibir alguno y en ella ha de depositar el dinero la persona que se lo entrega, y antes de que el microbicida toque ni con la punta de los dedos las monedas recibidas, las hace hervir en agua á 240° Fahrenheit. No hay palabras con qué pintar la cara que ponen los cocheros de alquiler y conductores de tranvías cuando les presenta la cuchara para recoger la vuelta que han de darle, y como la palabra es la válvula que tenemos para no morir de apoplejía después de una gran indignación, excuso decir á ustedes lo que le dicen los que reciben aquella que estiman ofensa.

«Después de todo, no me da ningún cuidado lo que digan; no me ofenden sus palabras—suele decir cuando tales percances le suceden.—En cambio, su dinero sí que podría causarme daño si yo no tomara las precauciones que la generalidad no toma. Pocos se dan cuenta de los innumerables peligros á que, por ese motivo, se exponen todos los días. Imposible es calcular las enfermedades que se contraen recibiendo, de manos de cualquiera, céntimos y plata menuda. Por eso yo hago hervir antes de tocarlo todo el dinero que recibo. Lo cojo con la cuchara, lo meto en un bolsillo á propósito, y en cuanto llego á casa, ¡zas!, á la caldera.»

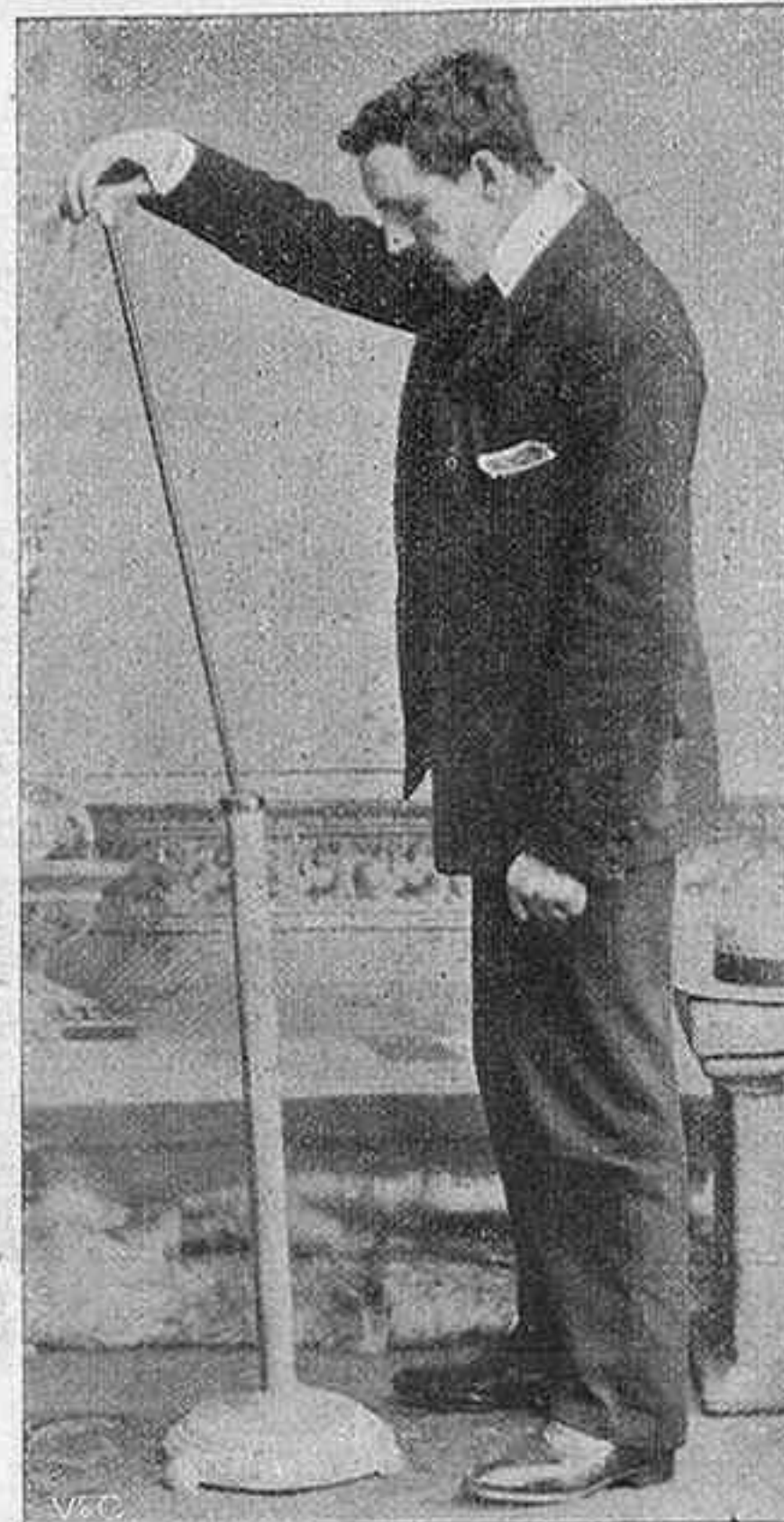
Cuando viaja por ferrocarril, ya sea corto ó largo

el viaje, se envuelve materialmente en un periódico. Antes de entrar en un vagón, se gasta sus diez céntimos en el periódico de mayores dimensiones que encuentra; en cuanto se sienta, lo abre y se forra en él tan completamente, que sólo deja la nariz al descubierto.

Asegura que los periódicos son un gran preservativo contra los microbios, cuyos ataques desafia parapeitado tras el diario como si fuera tras una coraza de acero.

«Los vagones de los trenes—dice con mucha formalidad—están plagados de bacilos mortíferos; al entrar en uno, nos jugamos la vida. Por mi parte, cumpliendo con lo que á mí mismo me debo, me defiendo contra ellos todo lo que puedo. Un especialista en las enfermedades modernas fué quien me recomendó el abroquelarme con periódicos.»

Cuando tiene que salir de su casa en tiempo ventoso y hay en el aire mucho polvo, nunca deja de proveerse de un velo, doblado en varios dobleces, que



Lo primero que hace es colocar el bastón en el receptáculo de metal

coloca sobre la boca y nariz con objeto de no aspirar el aire de la calle, que, como todos los sabios

están contestes en afirmar, contiene millones de microbios, capaces de destruir incalculables existencias. Grande es su extrañeza al ver que los demás no adoptan igual método defensivo contra las terribles enfermedades que les acechan desde el piso de la calle, dispuestas á lanzarse al rostro al menor soplo de viento que se levante.

Por si tuviera que hablar con alguno, bien en la calle ó en un establecimiento público, ya va preparado, contra el peligro de contraer una infección, de un modo muy original, invención suya que trata de hacer adoptar á los demás á fuerza de razones persuasivas.

En el bolsillo interior de la americana lleva un pomo lleno de un fuerte líquido desinfectante, que comunica por medio de un delgado tubo de goma con un pequeño pulverizador pendiente de un ojal. Hace funcionar con cautela el mecanismo, y una finísima y menuda lluvia se interpone entre él y su interlocutor, á través de la cual no es posible que pase ningún microbio sin hallar muerte instantánea. Falta saber si su interlocutor queda tan satisfecho como él de su ingeniosa precaución.

El antimicrobista nunca pasa por encima de las alfombrillas colocadas ante una puerta sin antes haberse asegurado bien de que en ello no hay peligro; y para convencerse emplea el siguiente procedimiento: siempre lleva consigo, á todas partes, una botella grande del líquido antiséptico más fuerte que puede procurarse. Antes de entrar en una casa, pone una rodilla en tierra, saca su botella microbicida y rocía bien el felpudo, y á veces no se contenta con eso solo, sino que le da vuelta y también lo rocía por el otro lado. Suele á veces resentirse el dueño de esa desconfianza, pero pronto le convence el exterminador de microbios con su elocuencia de que debe agradecerle lo hecho, pues con ello le ha salvado la vida y la de su familia.



En el bolsillo interior de la americana lleva un pomo lleno de un líquido desinfectante.

Uno de sus temas favoritos es probar que un bastón puede introducir la muerte en una casa, pues á veces los dejan en toda clase de sitios y rincones sospechosos. Hasta cuando se colocan en una bastonera común pueden cubrirse de bacilos que vengan de los muebles vecinos. Pero él se ha propuesto no ser una de las víctimas del contagio por medio del bastón. Tiene en su antesala una bastonera con su receptáculo de metal lleno de un líquido desinfectante, que no ataca en lo más mínimo la materia de que está hecho el bastón y destruye infaliblemente el terrible bacilo.

Cuando vuelve á su casa, lo primero que hace es colocar el bastón en el receptáculo de metal, y ya se queda tan tranquilo por ese lado.

Tan precavido es para todo, que nunca lee un libro sin haber fumigado antes sus páginas.

Sostiene con calor la tesis de que los gabinetes públicos de lectura son los responsables de muchas

epidemias, cuyas causas no han podido averiguarse. Solo un tomo puede haber ocasionado la muerte á

be nada sin antes encender un fósforo y pasar la llama por todo el borde del vaso; pues así, según siempre manifiesta al hacerlo, se tiene la convicción de que ha muerto abrasado cualquier microbio que por allí se paseara.

Cuando el cartero llega á su casa, hace que ponga la correspondencia en un aparato de fumigación, y allí la tiene media hora antes de atreverse á abrirla.

No cesa un momento en su táctica ofensiva contra los desgraciados microbios. Hace pocos días llevó al casino de que es socio un nuevo desinfectante de su invención. Al destapar la botella saltaron algunas gotas sobre la ropa de los que estaban más inmediatos, y cuando llegaron á su casa llevaban un agujero en dondequiera que una gota había caído. Si tal efecto hacía en el paño una

sola gota del desinfectante, calculen ustedes cómo quedaría el infeliz microbio que fuese bañado en el mismo.

LEWIS PERRY.



Nunca lee un libro sin haber fumigado antes sus páginas



Jamás bebe nada sin antes encender un fósforo y pasar la llama por todo el borde del vaso

centenares de personas. En estos tiempos en que tanto se lee, es muy peligroso hojear un libro que no se sepa de dónde procede.

Otra de las manías de ese señor es que jamás be-

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

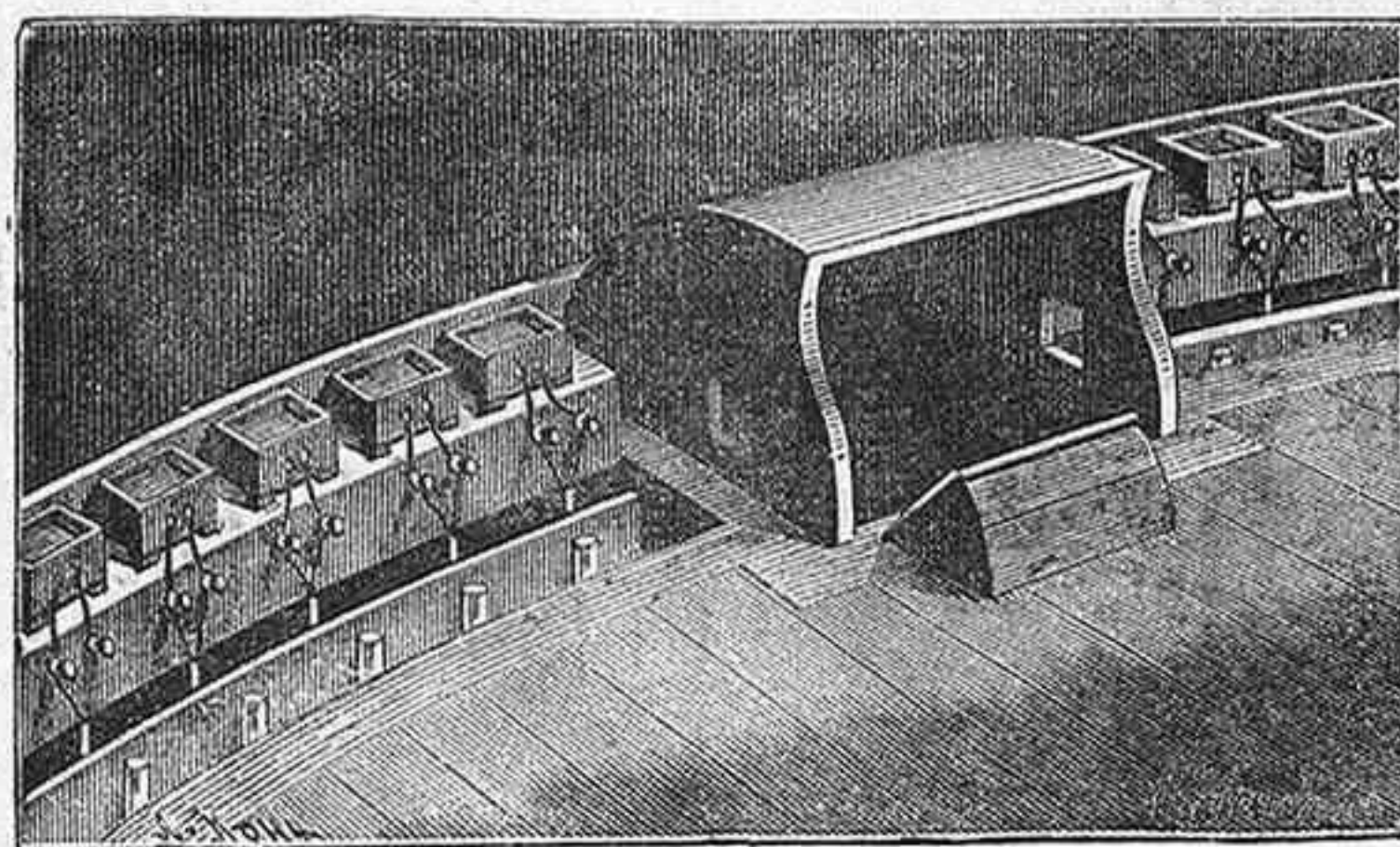
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartada de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE HAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. **Exigir la Firma WLINSI.** DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

INFLUENZA ANEMIA **VINO AROUD** RACHITIS CLOROSIS **CARNE-QUINA-HIERRO** El más poderoso Regenerador.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES. **Exigir en el rotulo la firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **Disenterias**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. **PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.**

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

LIBROS ENVIADOS
A ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

EL CRÉDITO AGRÍCOLA. CAJAS RURALES DE PRESTAMOS, por D. Rafael Ramos. — El simple enunciado de esta obra demuestra su importancia; el nombre de su autor, Registrador de la Propiedad de Elche, tan conocido por sus numerosos y notables estudios jurídicos, constituye la mejor garantía de la bondad de la misma. Dada la índole de esta sección, nos es imposible ocuparnos del libro con la extensión que merece, debiendo limitarnos á elogiar incondicionalmente todos los capítulos que contiene, y entre los cuales merecen atención preferente los dedicados al arrendamiento, á la prenda agrícola, á la usura, á los impuestos, á la enseñanza agrícola, al absentismo, al caciquismo, á las Cajas rurales, á los Pósitos, á las Cámaras y Sindicatos agrícolas y á la comunidad de labradores. El Sr. Ramos, que predicando con el ejemplo, ha organizado de una manera admirable la Caja rural del Campo de Elche, ha prestado un gran servicio á nues-



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. — Expedición al Tibidabo. S. M. dirigiéndose á la estación inferior del funicular. (De fotografía de A. Merletti.)

tra patria con su trabajo, que debieran leer y estudiar á fondo cuantos se interesan por el progreso y desarrollo de la agricultura, una de las principales fuentes de riqueza de los pueblos. La obra, impresa en Cartagena, en la imprenta de «El porvenir de San Francisco», forma dos tomos y se vende á 6 pesetas.

LLUISA, drama lírico de Gustavo Charpentier, traducción de Joaquín Pena. — El Sr. Pena, prosiguiendo la serie de sus interesantísimos trabajos lírico-dramáticos, ha hecho en este que nos ocupa algo más que una traducción del libretto de Charpentier: su versión catalana, además de ser reproducción fidelísima del original francés, se adapta tan admirablemente á la partitura, que puede cantarse sin que en lo más mínimo haya de forzarse el ritmo ó la acentuación de la música. Además, al lado del texto van indicados de una manera tan original como clara los temas que á la letra corresponden, los cuales están reunidos al final en una especie de cuadro sinóptico. Lluisa es un trabajo bajo todos conceptos notabilísimo. Impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese á dos pesetas.

**MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.**

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Siete Medallas de ORO Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS.

**ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffec-teur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO — ASMA — OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

Frasco 5 fr.

PUREZA-DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES etc.

St-Denis

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!

Tratado curar con la Legítima

PISTOIA

PLANCHE

(DOS SIGLOS DE ÉXITO)

No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA la GOTA

el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

F. PLANCHE

en Marsella (Francia).

En todas las Farmacias bien surtidas.

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

AVISO A LAS SENORAS

EL APIOL

JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN